

MANUEL SOCORRO

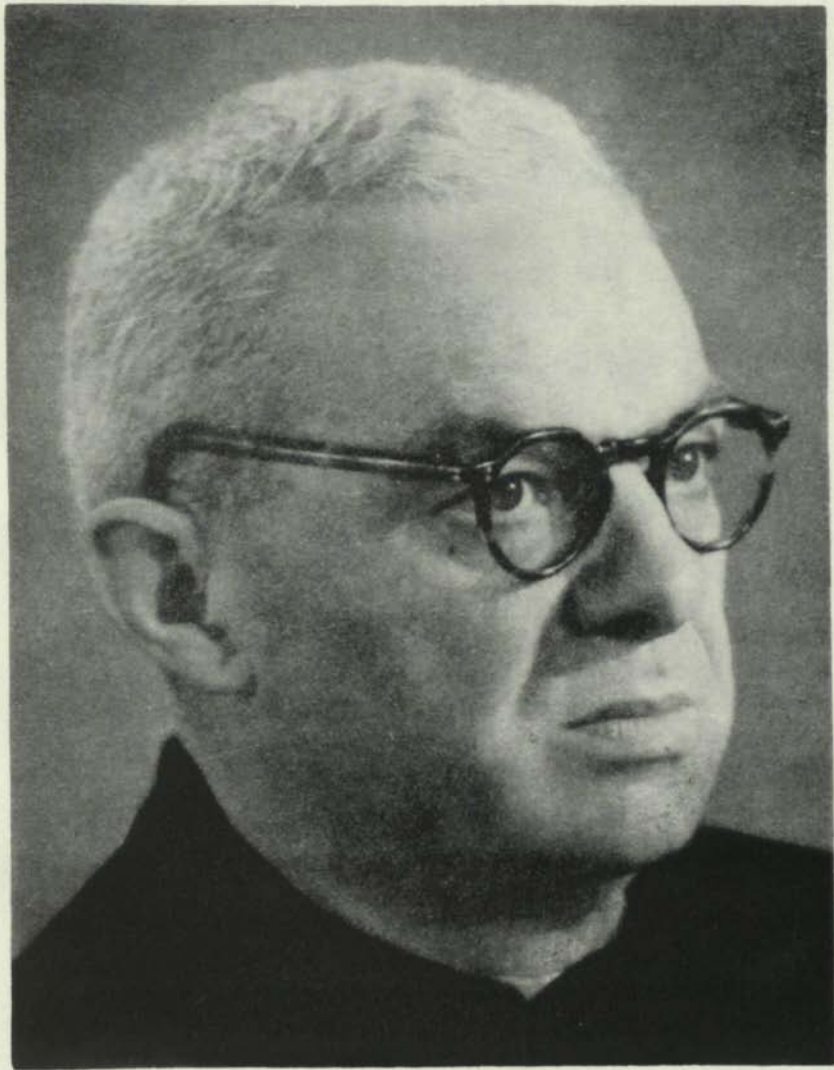
MIS  
RECUERDOS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
1972

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

- I.—*Terminología Gramatical*. 1936
- II.—*Horacio (El hombre. El artista. El filósofo. El ciudadano)*. 1936.
- III.—*A Vuela Pluma*. (Selección de artículos). 1939.
- IV.—*Poesía del Mar*. (Premio Nacional). 1947.
- V.—*La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote*. 1948.
- VI.—*Virgilio y el Mar*. 1946.
- VII.—*Ortodoxia de Cervantes*. (Conferencia). 1948.
- VIII.—*La Cueva de Montesinos*. (Conferencia). 1948.
- IX.—*Ratos perdidos*. 1949.
- X.—*Farología*. 1952.
- XI.—*El Mar en la vida y las obras de Cervantes*. 1952.
- XII.—*Menéndez Pelayo y Cervantes* 1957.
- XIII.—*Sobre las Cumbres y sobre el asfalto*. 1962.
- XIV.—*Mariela* 1962.
- XV.—*¿Oro en la Cumbre?* 1963.
- XVI.—*La isla de los canes*. 1964.
- XVII.—*Silda*. 1965.
- XVIII.—*Como una novela*, 1965.
- XVIX.—*Atamaraseid*. 1966.
- XX.—*El Recluta*. 1966.
- XXI.—*Luis Ordóñez y «El Monstruo»*. 1967.
- XXII.—*La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote*. (Ensayo) 1967. II Edición.
- XXIII.—*Las Camelias*. 1969.
- XXIV.—*Amapola*. 1969.
- XXV.—*Marcela*. 1970.
- XXVI.—*Desnivel*, 1971.
- XXVII.—*Mis recuerdos*, 1972.

DONACIÓN  
Juan Pulido  
Castro







Al Sr. Presidente del Cabildo Insular  
Demos Sr. Juan Pulido Castro con  
toda consideración.

20-VII-72

M. Saco

**MIS RECUERDOS**

Depósito Legal G. C., 347-1972

---

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 15

MANUEL SOCORRO

# *Mis recuerdos*



ST

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA	
N.º Documento	319663
N.º Copia	792646

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1972



Nací el 16 de septiembre de 1.894. Fue una noche maravillosa. El silencio se extendía por toda la Cumbre. Una noche en la que el viento suave del otoño hacía sonar por los suelos las hojas secas de los árboles. La luna había desaparecido por detrás de Ladera Alta. El valle de Cueva-Grande dormía tranquilo en las sombras. Y las estrellas estaban sin luz, veladas por algunas nubecillas. Silencio y tranquilidad. Ni las vacas mugían en sus establos, ni los ganados dejaban oír sus esquilas. Pero algo pasaba en el hermoso valle de Cueva-Grande. ¿Por qué tanto silencio? De ordinario a altas horas de la noche, Roque Redondo salta de su quietud a pasear por las sendas y vericuetos del Valle. Roque Redondo caminaba silencioso. Con pies de lana. Con extremada precaución. A veces le acompañaban los Saucillos. Alguien lleno de asombro —¿se le puede creer?— había presenciado una verdadera procesión de gigantes, que bajaba por los Majanos, precedida de uno muy grande. Era el gigante Siete Fuentes, que, al disolver su tertulia en la Cumbre con el Nublo y otros, venía a ver qué pasaba en Cueva-Grande aquella noche.

Porque ha de saber el lector que el Centro de nuestra Gran Canaria tiene una verdadera mitología. La mitología de los Grandes. Por eso llaman Grande a nuestra Isla. Tiene esta mitología sus raíces en los sueños. Es el gran privilegio del hombre: soñar.

En Cueva-Grande ocurría algo aquella noche. La naturaleza toda presentía algo aquella noche. Era una noche de seda. El ambiente era suave.



Y de pronto el lloro de un recién nacido. Y una voz que exclamó:

—¡Un niño!

Es que frente al gran covachón —de donde el valle tiene su nombre— había nacido un niño. El primero de una familia humilde, cuyo hogar llenó de alegría.

Así se vive en el Centro de la Isla. En plena naturaleza y sencillez.

Ante tal acontecimiento, los sueños se desvanecen. En el horizonte una penumbra auroral se ve sobre el mar.

Los gigantes cumbberos corren en tropel hacia sus moradas. Los sueños se desvanecen. Se oyen los primeros trinos de los pájaros. La aurora asoma su cara sonriente sobre el mar. Y el nuevo día se encontró en Cueva-Grande un habitante más.

Y el valle todo, al oír los lloros del niño, se llenó de alegría. Y el valle todo se entregó a sus afanes ordinarios.

## 2

¿Qué puede uno recordar de los primeros meses de la vida? Nada. Es imposible. Inconsciencia. Vida vegetativa, animal.

Aquí tiene uno que apoyarse en el testimonio de los padres y de las personas que nos rodean. Testimonio, por otra parte irrecusable. Cierto, ciertísimo, que no admite duda alguna.

Y ¿qué dicen mis padres y familiares? Que como nacido en el seno de una familia cristiana, fui bautizado en la parroquia de San Mateo, siendo llevado a la pila bautismal por mi abuela paterna.

Fui bautizado por el párroco D. Domingo Hernández y recibí el nombre de Manuel, el mismo de mi padre y

de mi abuela y madrina. Y como nací el 16 de septiembre, día de San Cornelio, recibí también el de Cornelio.

No se percibieron augurios al recibir las aguas bautismales. Por lo visto, o los que presenciaron no se dieron cuenta, o las frías aguas cayeron sobre mi cabeza y la sal entró en mi boca sin mayor desagrado.

Este día fue un día grande para toda la familia, pero sin extremosas alegrías impropias de una familia cristiana.

Mi padres recibieron el parabién de los vecinos durante varios días. Y mi madre se vio visitada por todas las vecinas del barrio, que, como era costumbre, le traían en un cestito el regalo de media docena de huevos.

Todas acudían con devoción y cariño ante su cama, preguntándole por la salud del niño, al que todas deseaban ver. ¡Qué sencillez e ingenuidad!

E invariablemente exclamaban:

—Qué hermosura. Dios le guarde.

\* \* \*

El niño no está bien sino en los brazos de su madre. Y la madre siempre está pendiente del niño.

Puede imaginarse la satisfacción de la madre al observar las primeras sonrisas del hijo. Con razón Virgilio —Egloga IV— tiene a muy buen augurio el que el niño sonría a su madre. La risa es tal vez el primer síntoma de la nueva personalidad. Hay una escena maravillosa: cuando la madre acuna en sus brazos al niño, mientras perfuma con sus cantos la pequeña habitación.

¡Cuánta poesía, cuánta belleza la de los cantos populares canarios de nuestras aldeas, cuando se oye el arroyo mientras la madre vela el sueño de su hijo semidormido en la cuna!

## 3

Mis recuerdos más lejanos se localizan en estos dos poblados de la Cumbre: Cueva-Grande, lugar de mi nacimiento y Las Lagunetas, lugar donde pasé mis primeros años. ¿Dónde y con quién aprendí los primeros pasos de mi vida? En Cueva-Grande con mis padres, con quienes habitaba mi abuela paterna. En Las Lagunetas con mi abuela materna, con quien vivía una hija soltera, a quien puedo considerar como mi segunda madre. Ella, sin duda, es la que modeló mi alma de niño, enseñándome a hablar y discernir.

¿Con quién aprendí el A B C de la cartilla? No lo sé. Tengo una idea muy confusa de que en Cueva-Grande había una escuelita de párvulos dirigida por una vecina. Aún tengo el recuerdo muy vago de una larga caña que se paseaba sobre nuestras cabezas, cuando nos distraíamos o hablábamos unos con otros.

Pero muy presto emigré a Las Lagunetas, donde siempre me esperaban los mimos y cariños de mi abuela materna y de mi tía, que como he dicho, fue para mí una segunda madre. Mi tía Jesús Pérez fue mi mejor maestra. Tenía cierta cultura y bastante trato social. Corregía mis defectos de vocabulario, y dirigía mis lecturas infantiles.

Mis padres gustaban de que pasase algún tiempo también en Cueva-Grande. Pero cuando me reñían o no hacían mis gustos, me marchaba tranquilamente a Las Lagunetas.

—¿Por qué te has venido, Manuel?— me decían al llegar a Las Lagunetas.

—Deseo que tenía de verlas— respondía.

—¡Mentira! Alguna travesura has hecho.



Y en efecto al domingo siguiente, cuando venía mi familia a Misa, se sabía cuál había sido la causa de mi desplazamiento. Es que había huído de algún nublado o de alguna reprimenda que allí me amenazaba.

En Lagunetas recuerdo también haber asistido a la escuela privada de un tal señor Perera. Mis recuerdos son muy vagos. Dicen que el señor Perera era un exseminarista, hombre alto, encorvado y de ojos bondadosos, cara cubierta de barba. Creo que influyó muy poco en mí.

Más tarde el párroco de Lagunetas, D. Miguel Díaz Sánchez fundó una escuela en el primer piso de la casa parroquial. D. Miguel era un sacerdote buenísimo. Trabajaba mucho en la escuela e influía mucho en nosotros con sus palabras, sus consejos y ejemplos. A veces, cuando él estaba muy ocupado nos daba la clase una de sus hermanas.

Estudiábamos en voz alta. Nos aprendíamos las cosas de carretilla y así las repetíamos al maestro, sin mayores explicaciones de éste.

Aún recuerdo vivamente los momentos alegres en que abandonábamos diariamente el local. Nuestras miradas en las horas de clase se dirigían durante toda la mañana al gran reloj natural de las laderas de Risco Prieto que teníamos delante de nosotros por donde corrían las sombras, señalando las horas del mediodía. ¡Cómo han quedado grabadas en mi imaginación las distintas parcelas de aquel risco!

—Ya son las diez— decía un alumno.

—Ya son las once— decía otro.

—Ya son las doce— decía un tercero.

Porque todas estas horas estaban marcadas por el paso del sol en distintos sitios en el Risco.

De aquella escuela recuerdo dos buenos compañeros: Miguel Díaz, sobrino del sacerdote D. Miguel, que murió muy joven, y Manuel de la Nuez, que, luego, se licenció en Medicina. Los tres ingresamos el mismo año en el Seminario.

La escuela funcionaba en sesión única por la mañana.

¿Y las tardes? Las tardes las dedicaba casi siempre al vagabundeo. En primavera, a buscar nidos de pájaros, escalando a veces árboles muy altos con gran peligro de la vida. O a dar qué hacer a los propietarios de las huertas, cuyos frutos venían a nuestros bolsillos.

De estos tiempos se me ha quedado muy grabada una excursión que hicimos al naciente de aguas del Barranco de la Mina. Subimos por la cuenca del Barranco y pasamos por sus distintos lugares. Primero, la Corte y Riscos de Ramírez. Los Molinos, Hoya de Becerra, hasta llegar al cerro más alto, donde recibimos la gran sorpresa de tener frente a frente al Nublo, que nos dio en aquella soleada y diáfana mañana la más grata bienvenida. Allí nos paramos bastante rato. Mientras más mirábamos al gran monolito más sorpresa nos causaba.

Bajamos un poco y nos encontramos con la acequia que conduce el agua desde la gran fuente. Creo que en la Isla no hay otra igual. La fuente brota por dos bocas de las entrañas del risco. Y nuestra sorpresa fue grande al contemplar que unos metros más abajo sale otra tanta agua sin mezclarse. El agua de la boca de arriba discurre por una acequia que luego penetra en una mina cuya salida está ya en Hoya Becerra y baja por el barranco de Las Lagunetas. De ahí el nombre de Barranco de la Mina. El agua de la otra boca corre por el barranco de Tejeda.

Este es un manantial maravilloso, muy digno de visitarse, aunque en nuestro tiempo ha sufrido algunos retoques del cemento. El agua es muy fresca, muy fina y delicada.

Estos paisajes del Centro de la Isla quedaron muy grabados en mi imaginación de niño. Tan es así que, andando el tiempo, estos riscos y eminencias de Gran Canaria casi han contribuido a formar en mi espíritu toda



una teoría mitológica canaria que he desarrollado con más o menos suerte en algunos de mis libros.

+

Aspecto principal de mi niñez fue la formación religiosa que D. Miguel infundía en nuestras almas. Hombre sin doblez, espíritu bueno y santo inspiraba todos sus actos en la sencillez y atracción del Evangelio. Su alma respiraba santo temor de Dios. Pero hay que convenir que el espíritu religioso, a pesar de la gran influencia que ejercen los maestros y el ambiente social en que el niño vive, éstos no lo son todo. De nada sirve el ejemplo del maestro y la sociedad, si en el interior del propio hogar el niño no es atendido adecuadamente. Los padres son insustituibles, sobre todo la madre.

¡Ah, estas madres canarias que levantan sus hijos de la cuna y los acuestan por las noches, tomando sus manecitas y enseñándoles a hacer la señal de la cruz y a pronunciar con ellos sencillas oraciones! ¡Qué ambiente más puro y más cristiano! Incluso al ir a la Iglesia, ¿quién puede sustituir a la madre, cuando va indicando a su hijo las distintas partes de la Misa y su significado?

Se me quedó muy grabada en la mente mi primera comunión, que en nuestros tiempos se va convirtiendo en una ceremonia profana. Entonces, en aquel ambiente levítico y de intenso fervor religioso era un hecho histórico y trascendental de la vida del niño. La primera comunión de aquellos tiempos se celebraba en la intimidad del hogar. Mi tía Jesús dirigió todo el acto con claridad y sencillez, explicando su alto significado. No como en nuestros días en que abunda el frívolo visiteo, el lujo y el jolgorio más que el espíritu cristiano.

¿Educan estos hechos el alma del niño? Cuánto daríamos por conocer los sentimientos de nuestros niños, cuando ya mayorcitos hablan sobre su primera comunión.

De la confirmación apenas recuerdo nada. Con la venida del Sr. Obispo se llenó la plaza de la Iglesia de Lagunetas de ventorrillos y ramas. Se celebró una fiesta muy bullanguera, en la que cientos de niños vestidos con sus galas de fiesta, merodeaban, acompañados de sus padres y padrinos, degustando dulces. Lo menos que tenía aquella fiesta era sabor religioso. El sacramento allí era un pretexto para la fiesta y el jolgorio.

Otro hecho religioso que recuerdo es la fiesta de Navidad de aquel año. D. Miguel era un apasionado del ambiente de Navidad y le dio aquel año por celebrar el Nacimiento del Señor con pastores y panderos. Y los pastores éramos los niños de su escuela. Celebrada la Misa, unos cuantos niños en calidad de pastorcitos recitamos unos romances aprendidos y ensayados mucho tiempo antes.

Yo que nunca he tenido cualidades de actor y mucho menos de comediante, con muchas dificultades pude recitar mi papel. ¿Lo hice bien? Creo que no. Solté lo que tenía embotellado y nada más. Al sencillo pueblo de Las Lagunetas, sin embargo, le gustó muchísimo. ¿Qué me iban a decir ellos?

Pronto D. Miguel nos enseñó a ayudar a Misa. Y los domingos y días festivos acudíamos a ayudar en el Santo Sacrificio.

Qué mundo tan tranquilo y tan feliz aquel de nuestra infancia en Las Lagunetas.

¡Cómo lo añoro, cómo se añora la felicidad perdida!

## 5

Tendría yo seis o siete años cuando invadió todos los poblados de la Cumbre una epidemia de tosferina, de la que fui atacado con virulencia. Mucho tiempo fui víctima de esta enfermedad que destrozaba todo mi cuerpo. Gracias a la asistencia de mi tía Jesús, pude ir saliendo. No me podía separar de ella un instante, especialmente cuando me daban los ataques.

Recuerdo que un día vino mi padre de Cueva-Grande y me llevó al médico de Santa Brígida, llamado el médico Chico, de nombre D. Isidro, quien me recetó una bebida que poco a poco me fue aliviando, hasta que curé totalmente, sin que me dejara como huella deficiencias en los órganos, como le ocurrió a otros.

Y allí en aquel ambiente levítico de Las Lagunetas nació en mí la vocación de seminarista. Al llegar los once años ¿tenía yo la preparación suficiente para ingresar en el Seminario? Parece que no. Fue necesario que viniera unos meses a la Escuela Nacional de San Mateo. Esta escuela era regentada por un maestro muy respetable, que era natural de la Aldea de San Nicolás de Tolentino. Si la memoria no me es infiel se llamaba D. Francisco Aldama. Era un señor muy serio y muy amable. Me colocó en la Primera Sección de su escuela, y en seguida pudo notar en mis conocimientos la rutina y el memorismo. Sabía cosas pero no las razonaba. Comenzaron sus explicaciones y pronto pude adquirir una nueva orientación más práctica y más razonable, no sin obtener muchas veces por mis torpezas y desaciertos algunos palmetazos que tanto me hicieron sufrir.

Por lo demás, los tres meses que pasé en San Mateo,



en la Escuela Nacional, me fueron bastante gratos. Conocí de cerca a muchos habitantes del pueblo, que me guardaron siempre bastantes atenciones y simpatías.

Recorrí en mis aventuras infantiles todos los barrios del pueblo y me hice con la topografía del mismo. El casco del pueblo está situado al borde de un barranco y sobre un suelo volcánico, presentando hacia el Norte un montecillo que los naturales llaman la Montañeta que le abriga de frías brisas.

Desde esta Montañeta lanzaba yo al aire mis cometas a buena altura. Desde el pueblo llama poderosamente la atención la Montaña Cabreja, que se levanta pesadamente frente al caserío, núcleo principal del pueblo. Hasta lo más alto de esta montaña —y ya son unos cuantos metros— subí yo a hacer volar mi cometa; pero con tan mala fortuna que, cuando más alta estaba, se rompió el hilo, viniendo a caer en mitad de la ladera, en medio de malezas o zarzales. La espesura era impenetrable. Y la recuperación de la cometa se hizo imposible. Y con esta catástrofe quedaron mis ilusiones rotas aquel día.

La cima de la Montaña Cabreja es un observatorio inapreciable para hacerse con el paisaje del centro de la Isla.

Pero hay también en la Vega de San Mateo un sitio con ribetes mitológicos que merece mencionarse. Me refiero a la Cueva del Sol que se halla frente a San Mateo y casi en la cima del cerro que llaman el Montañón, lindando con Valsequillo. A esta Cueva llega Febo sentado en su carro, tirado de fogosos caballos, llenos de espuma hacia el mediodía. Y al observar el aire fresco de la Cueva, desengancha sus caballos, se tiende a descansar, interrumpiendo su marcha para proseguirla en su carrera diaria hacia Occidente.

(De la Cueva del Sol hablo con más detalles en mi obra *La Isla de los Canes*).

Merece destacar también en la Vega de San Mateo el

lugar denominado *Los Chorros*, llamado así por el gran caudal de agua que allí nacía y se venía a regar a Tafira. El gran manantial se secó hace mucho tiempo, con gran pena, no solo de Tafira, sino de los habitantes del pueblo por cuyo centro discurría el agua.

El lugar de Los Chorros es un vergel de huertas y sembrados. En él se producen árboles frutales en abundancia. Aquí meció su cuna el ilustre Doctoral de Canarias D. Tomás Ventura. Escritor culto, limpio y puro. Buen humanista y de excelente trato social.

El Doctoral Ventura está esperando el homenaje que se merece del pueblo de la Vega de San Mateo como uno de sus más ilustres hijos.

6

Y ahora mi vida de Seminario. Ingresé el año 1.908. Superé con facilidad el examen de Ingreso, en el que los Profesores de Latin y Humanidades alternaban sus preguntas de primera enseñanza a los alumnos con otras sobre su procedencia y origen.

Cuando les dije que era de San Mateo, una risita de incredulidad asomó al rostro de alguno.

—¿De San Mateo, seguro?— dijo uno.

—De las cumbres de San Mateo, del barrio de Cueva-Grande.

—¡Ah!

En aquel tiempo, no sé por qué, se tenía como cierto deshonor haber nacido cerca de los Saucillos o del Nublo. O lo que es lo mismo, según me dijeron más tarde, entre los esquimales. Pero algo debía haber en el ambiente de ciertos señores, que de tal manera discriminan la cuna de los seminaristas.



Apertura de curso en los días siguientes. Se trata de un acto muy solemne celebrado en la hermosa Iglesia del Seminario. Presidía el Señor Obispo, padre Cueto, y ocupaban los sillones los 16 Profesores del Seminario. Era imponente aquella profesión de fe recitada en voz alta. Con ello se intentaba responsabilizar a los Profesores sobre la herejía del modernismo.

Pero para nosotros, unos niños, fue más emocionante la presentación de los alumnos del nuevo curso ante el señor Rector. D. Pedro Díaz estaba bastante anciano. ¡Cómo imponía aquel anciano de paso inseguro que recorrería nuestras filas, dándonos la bienvenida y recomendándonos para el nuevo curso, orden, disciplina y amor! Era un buen padre aquel anciano sacerdote. Le salía a uno de dentro del alma responderle:

—Sí, padre, yo le prometo ser muy bueno y estudioso.

\* \* \*

En días sucesivos se celebraron los Ejercicios Espirituales. Era una cosa difícil para los niños, que hasta la fecha habían estado en pleno campo y libertad.

El mes de octubre en Las Palmas es de los más pesados y calurosos. Se sudaba y tenía que hacer uno un verdadero esfuerzo para no dormirse. Entonces los Ejercicios eran muy distintos a los de ahora. Se leían los puntos de la meditación y luego se meditaba un rato sobre cada uno. ¡Cómo se sudaba! ¡Cómo luchaba uno con la pesadez del sueño!

Hoy las cosas han cambiado mucho. Los Ejercicios son dirigidos en todas sus partes por un Padre espiritual que los hace amenos y más ligeros.



Comienzan las clases. En el primer curso éramos pocos, unos doce o trece. Mi primer Profesor fue D. Mariano Riverol, que iniciaba con nosotros sus tareas profesionales, y las tomó con gran entusiasmo. D. Mariano era natural de Fuerteventura. Hombre serio, de aspecto algo brusco, de modales angulares; pero de buen humor que nos infundía bastante respeto.

No teníamos sino dos asignaturas: Latín y Geografía General. Al Latín le dedicábamos tres horas de clase diarias y una a la Geografía. El curso con el mismo Profesor resultaba pesadito. Y esto un día y otro, y así los seis días de la semana. El método era memorista. Lo importante estaba en aprender de memoria el Raimundo de Miguel. Incluso los versos del género de los nombres. ¿Quién puede olvidar

los en *um* sin excepción  
del género neutro son?

¿Y las célebres tirijalas de pretéritos y supinos?

¡Cuánto tiempo y cuántas energías se perdían en aquellos tiempos en el gran salón de estudios del Seminario! Se aprendía el Latín a fuerza de tiempo y de constancia, pero se perdía un tiempo precioso. No obstante, algunos llegamos, el mismo primer año, a realizar versiones del Castellano al Latín sin un disparate.

En el segundo año las horas de Latín eran dos. Tuvíamos de Profesor a D. Ceferino Hernández, que era al mismo tiempo Inspector de disciplina. Su método principal era poner frases en la pizarra. D. Ceferino era un señor muy bondadoso, pero muy serio. Tan monótono que producía sueño.

A este respecto recuerdo que una tarde se durmió profundamente mientras transcurría la clase el compañero Domingo Massieu, el cual, andando el tiempo, salió del

Seminario. Se hizo abogado. Y más tarde ingresó como misionero en la Congregación Claretiana. D. Ceferino lo sintió roncar y nos hizo salir a todos del aula, donde él se quedó durmiendo. Luego salieron otros cursos al patio y todos nos apostamos delante del segundo curso para ver salir al durmiente. Tardó un poco, pero, al fin, salió el pobre avergonzadillo, ante las risas y aplausos de todos. La verdad que el pobre chico no tenía mucha culpa. La clase de D. Ceferino era un poco pesada.

El tercer curso me resultó más ameno. Disminuyó el Latín y estudiábamos retórica y poética e Historia. Por otra parte, D. Ignacio Guedes hacía la clase muy amena, con sus cuadernillos, donde anotaba diariamente las notas obtenidas. ¡Cómo nos estimulaban los cincos de D. Ignacio!

En otros cursos de Humanidades —que eran cinco— estudié composición latina y castellana. Mis primeras poesías eran muy divertidas. D. Miguel Suárez era un señor de bastante gusto literario y sabía infundirlo a sus discípulos. Nos leía pasajes de los grandes maestros. Nos hacía realizar resúmenes y redactar composiciones que luego eran criticadas en las clases.

En quinto curso estudiamos de memoria la Epístola de Horacio ad Pisones. Trabajo impropio. Esfuerzo memorístico sin precedentes. Es cierto que en esta obra de Horacio se resumen todos los preceptos de la obra literaria clásica, pero hay otros medios de asimilarla.

Hecho notable en mi carrera es que durante las vacaciones de verano me preparé el cuarto curso. ¿Por qué adelanté este curso? Hasta ahora no me explico este capricho. La edad no me agobiaba. Era un chiquillo. Lo que sí sé es que para mí fue un hecho bastante lamentable. Perdí las vacaciones y el descanso. Y salté a un curso superior, donde, sin quererlo, todo me era extraño. Me encontré con otros compañeros que me trataron como a un intruso. No por mucho correr se llega más pronto.



Yo me sentía incómodo. Adquirí como un complejo de inferioridad, hasta que, con el tiempo y el hábito, fui mejorando mi situación.

El paso al primer curso de la Facultad de Filosofía me resultó muy brusco. No es lo mismo la amenidad de la literatura y de los trabajos literarios que las abstracciones de la Lógica. Lógica sin explicaciones. Lecciones de memoria que había que rendir en latín, sin entender una palabra.

Alguien sin razón decía que estos atracos se debían a la falta de latín, que no habíamos aprendido bien. Y no era eso. Cierto que nuestra formación latina era deficiente, por ser casi exclusivamente memorística. Pero el latín de nuestros primeros años era un latín de autores clásicos, latín completamente distinto al que se usa en Filosofía y Teología. Este latín hablado era en realidad una *jerga* convencional, sin valor literario alguno. ¿De qué nos servía el latín de Virgilio y Horacio para expresar los conceptos lógicos?

Estas deficiencias de nuestro lenguaje filosófico se hacía más patente en las llamadas Academias. ¿En qué consistían las Academias? Eran discusiones o actos públicos que se celebraban por los días del Patrono Santo Tomás, en que un alumno desarrollaba una tesis filosófica o teológica durante media hora y a continuación uno o dos alumnos impugnaban la tesis con objeciones, desarrolladas en forma silogística. Presidía el acto el Señor Obispo. Era de ver cómo se enlazaban entre sí quince o veinte silogismos. En realidad no sé si hice bien la comedia en algunas de las Academias en que participé.

—Ese Latín, Socorro, ese Latín— me dijo uno de los profesores al terminar.

Por lo visto mi Latín no tenía nada de ciceroniano.

En la Facultad de Filosofía estudiábamos también Ciencias Naturales y Matemáticas.

¡Qué poca importancia se les daba a esas asignaturas!

D. Fernando Inglot explicaba las Matemáticas. Era todo un señor y todo un caballero. Llevaba un cuaderno de notas y cada día llamaba un alumno.

—La conferencia, señor...

Y salía el alumno a la pizarra a desarrollar el teorema que tocaba del Laborda.

A veces había una equivocación, y D. Fernando le decía:

—El octavo no mentir.

Jamás se enfadaba D. Fernando. Era un hombre severo y dueño de sí. Terminada la clase, tomaba el bastón, se calaba el sombrero y decía:

—Hasta mañana.

Las Ciencias Naturales y la Física las explicaba Don Casimiro Cabrera, médico bastante acreditado en la Ciudad. D. Casimiro faltaba bastante a clase y nosotros contentos. Cuando no habíamos estudiado le proponíamos hacer algún experimento y él accedía de buen gusto. Don Casimiro hablaba algo gangoso. Los aparatos de Química estaban casi todos estropeados. Muy contados eran los experimentos que salían bien, hasta que cansado de manipular con ellos, D. Casimiro decía:

—No funciona.

Pero nosotros conseguimos nuestro objetivo. No dar clase.

D. Casimiro era el médico del Seminario. Siempre venía fumando muy buenos puros. Tenía bastante prevención contra las enfermedades de los seminaristas. No creía en ellas. Cuando a él acudíamos para que nos recetara, siempre tenía una salida chistosa a flor de labios. Creía que acudíamos a él para que nos diera de baja en el estudio, mandándonos al dormitorio.

A veces, apenas nos observaba y nos recetaba indefectiblemente un papelillo de celis.

Así que cuando algún compañero se quejaba, y nos decía que iba a consultar al médico, nosotros le decíamos:



—Un papelillo de celis.

Cierto día a media mañana los seminaristas comenzaron a salir del salón de estudio arrojando el desayuno como cuervos. ¿Qué habían comido? Por patios y galerías y retretes, aquello era una desolación. Se avisó a D. Casimiro, pero D. Casimiro no llegaba. Aún no se había levantado. Se suspendieron las clases, porque muy pocos eran los no atacados.

La noticia corrió por toda la Ciudad, llevando a todas partes la alarma.

—¡Los seminaristas se han envenenado!

Pronto los médicos dictaminaron que el culpable de la intoxicación había sido el queso del desayuno.

Algunos tardaron varios días en curar.

A pesar de su pachorra y carácter sencillo y chistoso, D. Casimiro era un gran Doctor. Se había graduado en Montpellier y recetaba muchos específicos franceses. Cuando el paciente estaba mal, como me ocurrió a mí, al contraer unas fiebres tifoideas, D. Casimiro me visitaba tarde y mañana, y se preocupaba bastante.

Difícilmente se me pueden olvidar los momentos difíciles de aquellas fiebres. Cuando yo le expresaba mis preocupaciones, él me llegó a decir:

—La naturaleza es la que cura. Los médicos no hacemos sino ayudar a la naturaleza.

El Latín tiene un gran valor formativo. Hace pensar y desarrolla las facultades. Nadie lo duda.

Se ha hablado mucho de la inutilidad de la Filosofía Escolástica. Disquisiciones de frailes de la Edad Media —dicen—. Formalismos inútiles en la vida moderna. Pero

yo creo que no es así. La Escolástica constituye un sistema completo de Doctrina, que ordena la mente y la disciplina en la adquisición de los conocimientos humanos. Provee al pensamiento humano de una disciplina férrea. Cosa no despreciable. Claro que la Filosofía Escolástica con un criterio amplio, abierto, rechazando formalismos anticuados. Y esto es lo que hacía con nosotros D. Santiago Sánchez. Hombre cordial y dispuesto siempre a discutir opiniones. La rigidez escolástica la trituraba con una sonrisa. Era un gran formador de juventudes.

De las disciplinas por él explicadas la que mayores huellas dejó en mí fue la Historia de la Filosofía. Se ha dicho —nos decía D. Santiago— que la Historia de la Filosofía es la historia de los errores del pensamiento humano, pero yo les advierto que se trata de una asignatura muy útil y muy humana y muy digna de ser estudiada con atención, pues nos pone ante la vista los grandes esfuerzos del hombre en busca de la verdad.

Pero nuestro estudio se hacía con gran inconveniente. Teníamos que rendir la lección alterna en lengua latina. Lengua sabia y sintética que se resistía para expresar los términos modernos de las ciencias.

D. Santiago Sánchez merece entre otros Profesores una mención especial. Era un señor grueso. Siempre de buen humor, con una mirada, al parecer feroz, pero muy amable. Era muy competente y excelente educador. Profesaba los dos cursos últimos de Filosofía. Amenizaba bastante las clases y nos tenía al corriente de todas las novedades filosóficas.

Con el tercero de Filosofía se cierra un ciclo humano de la carrera sacerdotal. En él se adquieren nociones de todas las disciplinas humanas, aunque poco se profundiza en ellas. No se sale analfabeto, pero los conocimientos de ciencias son muy superficiales, cuando aprovechando el silencio del internado, se podría sacar mucho más provecho de estos ocho cursos de estudios.

Y a ello se tiende en nuestros días, cuando se exige a los seminaristas el plan de estudios del Bachillerato Oficial.

## 8

Por aquel tiempo comenzó a rumorearse que la Universidad Pontificia de Canarias, concedida a nuestro Seminario, iba a ser abolida. ¿Razones? Entre otras —se decía— que por falta de graduados que una Universidad exige. Algo debió haber cuando el Prefecto de Estudios D. Pablo Rodríguez comenzó a hacer una intensa propaganda para aumentar los graduados, para no perder el inmenso beneficio que a los canarios se nos hacía de obtener grados académicos en el propio Seminario. Y así se nos propuso a muchos alumnos que pidiéramos los grados académicos al aprobar los cursos correspondientes.

Creo que alguna propaganda se hizo también en el Seminario de Tenerife, pues aquí hicieron también sus grados algunos alumnos de aquel Seminario.

Y así es como me fue conferido el grado de Bachiller, al aprobar el primer curso de Filosofía; el grado de Licenciado al terminar el segundo; y el de Doctor, al terminar el tercero. Igual distinción se concedió a varios compañeros.



La Facultad de Teología se cursaba en cuatro cursos. Las notas más salientes de este nuevo ciclo son para mí las siguientes: En el primer curso estudiábamos por aquel tiempo Propedéutica o introducción a la Teología. Texto



del Cardenal Zigliara. Lo explicaba D. Pablo Rodríguez, Deán de la Catedral. Hombre de inteligencia clara, cuyas explicaciones resumían el texto, que era muy difuso. Y comenzaron a correr por los alumnos unos apuntes, facilitando así la comprensión de la obra.

Era el Deán Rodríguez un hombre campechano. Muy afable y acogedor, de bastante talento y claridad mental. Supo conquistarse la confianza del Obispo Señor Pérez Muñoz y regía como Rector el Seminario. Era D. Pablo de esas personas que una vez entran en nuestro círculo social difícilmente se olvidan.

En cierta ocasión, muchos años después, visité yo en Córdoba al Dr. Pérez Muñoz y me hizo un gran elogio de D. Pablo, que ya entonces había caído en desgracia del Obispo Sr. Marquina.

—D. Pablo ha sido una persona incomprendida— me dijo.

En este curso estudiamos también la *Teoría de las artes* del P. Llera, asignatura que explicaba D. José Feo. Era una asignatura muy amena e instructiva. Se forma el gusto por las bellas artes a la vez que se adquiere una gran cultura. D. José Feo era un profesor apasionado, tanto, que a veces nos hacía estudiar el texto al pie de la letra. Y es lo que él decía:

—Usted no lo puede decir mejor.

El estudio de la *Teoría de las artes* me sirvió mucho para aprobar esta misma asignatura en mi carrera civil de la Universidad de Granada, en la que me dieron Sobresaliente. Visité con este motivo a D. José Feo y se emocionó al presentarle la papeleta de examen.

Otra anécdota que recuerdo del segundo año de Teología, es que al explicarnos el tratado *De Gratia* el sobrino del Obispo Sr. Marquina, nos traía todas las tardes unos papelitos con el resumen de la lección. Nosotros los cogíamos e íbamos formando nuestros apuntes. Los apuntes son engorrosos y molestos. D. Justo seguía erre que



erre hablándonos del P. Beraza, hasta que caímos en la cuenta de que el tal Beraza era el autor que él nos resumía. Y encontramos la manera de evitarnos apuntes, pidiendo a Madrid el tratado *De Gratia* de Beraza. Cuando lo recibimos hubo gran júbilo entre nosotros.

Se acabaron los apuntes y había que ver la cara que nos ponía D. Justo, cuando nosotros le decíamos cosas que él no había cogido en sus notas.

## 9

Durante las vacaciones de verano mis actividades eran diversas, pero principalmente me dedicaba a la cacería. Con mi escopeta al hombro me recorría todas las Cumbres. Paso a paso recorrí sus principales lugares. Los Llanos de la Pez, abundante en conejos y palomas. Los Hornos, hasta cerca del Nublo, Bailicas, Los Pechos, Pozos de la Nieve, Los Saucillos, Los Cascajales, Las Mesas, Andén del Toro, Las Indias, Mesa Llana, Cruz de los Llanos, Hoya de Becerra. Raro era el día que no caían algunas piezas. ¿Qué piezas? Conejos y palomas. Sobre todo palomas. Previamente, antes de abrirse la veda estudiaba los sitios por donde ellas pasaban. Me situaba en ellos y abatía bastantes.

Este estudio de la topografía de las Cumbres me hizo más tarde familiarizar con los Gigantes, dándome un material bastante útil para mis libros.

Otra ocupación bastante intensa fue la lectura. Una lectura asidua de los mejores novelistas nacionales y extranjeros. No me fueron desconocidos Knut Hamsun, Lajos Zilay, Pérez Galdós, Palacio Valdés y mil otros. La Lectura para mí era una pasión.

Y así es como adquirí otro deporte favorito: escribir.

Mis primeros pinitos literarios los hice en el Seminario con motivo de concurrir a los Certámenes Literarios *Ora et Labora*, establecidos en el Seminario de Sevilla, por el Cardenal Almaraz. Primero me premiaron articulos de periódicos que publicó la revista *Ora et Labora* durante los meses de verano. Esta organización estudiantil era dirigida por el Canónigo D. Ildefonso Montero, persona muy inteligente y simpática. Obra maravillosa que despertó muchas vocaciones literarias.

Por cierto, que durante la Cruzada Nacional, a D. Ildefonso lo mataron en Toledo, de cuya Catedral había sido nombrado dignidad de Tesorero.

Concurrí a estos Certámenes durante tres años, y en el último me premiaron una página de periódico con otros trabajos con el Premio de Honor *Pluma de oro*, juntamente con otro seminarista de Baleares.

## 10

Uno de mis recuerdos más vivos en el estudio de la Teología lo tengo de las explicaciones de Historia de la Iglesia por D. Tomás Ventura.

D. Tomás acababa de llegar aquel año de Roma donde había hecho los últimos años de la carrera en la Universidad Gregoriana. Y fué nombrado profesor de esta asignatura. Aún no me puedo olvidar de las conferencias que nos dio tan documentadas y tan claras sobre el Protestantismo.

En el segundo de Teología recibí del Obispo Sr. Marquina las Ordenes Menores y el subdiaconado.

Por este tiempo se ordenó de sacerdote D. Juan Corrales, familiar del Obispo y quedó vacante el cargo de familiar. Y una noche D. Pablo Rodríguez me llamó a la

Rectoral y me da la noticia —¿buena o mala?— de que el Sr. Obispo me necesitaba por un tiempo para que le sirviera de familiar.

—Esto —me dijo— puede venirte muy bien para tu carrera.

La noticia me hizo concebir entonces buenas esperanzas e ilusiones, según ocurre en la juventud.

¿Se confirmaron estas esperanzas? No, de ninguna manera.

Seguí de familiar con su Excelencia hasta mi ordenación sacerdotal. Bastante más de un año. Pero seguramente mi gestión no fue del todo agradable a los señores. (Incluso se veía por Palacio una Señora, prima del Señor Obispo, que tenía muchos humos). Allí seguí más de un año hasta mi ordenación sacerdotal. Creo que nunca hice yo muy bien mi papel de palaciego. Pues desde que obtuve el Presbiterado fui tratado sin contemplaciones. Obtuve el Presbiterado el 28 de octubre, y dije mi Primera Misa el primero de noviembre del año 17 en la Parroquia de Las Lagunetas, sin mayor solemnidad, pero rodeado del cariño de aquellos feligreses.

De este acontecimiento no recuerdo sino una frase del P. Andrés, del Corazón de María en el sermón de la Misa:

—Hoy tu cruz, la cruz de tu altar está cubierta de flores. Pero no te hagas ilusiones. Esas flores pronto se secarán y caerán por los suelos. Y tu cruz quedará demasiado desnuda y desolada.

Y en efecto: la profecía se cumplió antes de 24 horas. Antes de 24 horas. Ni el mismo día de mi Primera Misa lo pasé tranquilo con mi familia. Un recado de Palacio me reclamaba urgentemente en Las Palmas, para incorporarme a mi destino. ¿Mi destino? ¿En dónde? No se supo nunca. No parece sino que había el propósito de mortificarme.

Al día siguiente, otro recado, ordenándome que me



quedara en Las Lagunetas, hasta nuevo aviso, supliendo al párroco que se hallaba enfermo. Y allí pasé mes y medio, rodeado del cariño y atenciones de aquellos buenos vecinos.

Magnífica inauguración la de mi sacerdocio. Es lo que debe ser. Una vida de obediencia y sacrificio.

Al terminar el tercer curso de Teología recibí el grado de Licenciado en esta Facultad. Grado mayor que me habilitaba para opositar y ejercer destinos en la carrera de sacerdote. Al menos así se decía vulgarmente en aquel tiempo.

Pero antes de tres meses, cargando a cuestas con todos los Meritísimos y grados de la carrera, fui destinado al entonces pobre y polvoriento barrio de Tamaraceite, como coadjutor de la Parroquia de San Lorenzo. No tenía otras atribuciones que la de decir Misa. Por lo demás estaba atado de pies y manos. Los domingos y días festivos tenía que ir caminando a decir Misa a Tenoya. Platícar en ambas Misas.

¡Cuánto sufrí en esta primera época de mi apostolado!

El Señor Obispo haciéndose cargo de mi situación, me nombró Capellán de Tamaraceite, ampliando mis facultades parroquiales. Aún recuerdo el esplendor que se dio aquel año a la fiesta de San Antonio Abad, el Patrono de Tamaraceite. Ello llenó de alegría al pueblo y me aproximó bastante a sus ideales. Tamaraceite sería dentro de poco una parroquia y un pueblo de los progresivos de la Isla.

Yo, en realidad, me encariñé con este pueblo y concebí el propósito de retratarlo literariamente en una obra literaria que pronto vio la luz pública: ATAMARASEIT.

En aquel tiempo yo no había cumplido el servicio militar, para el cual había obtenido prórroga de dos años hasta terminar la carrera. Y enteradas las Autoridades militares que existía en Tamaraceite un Capellán militar, requirieron al Sr. Obispo para que me trasladara a Las



Palmas, y fui entonces destinado a la Parroquia del Puerto de la Luz. Había en todo él una única Parroquia, desde Santa Catalina hasta finales de la Isleta, que hoy forman diez o doce parroquias. Estábamos solamente dos sacerdotes para toda esta extensa jurisdicción. Imposible atenderla debidamente. Vino entonces la primera epidemia de gripe. No había hogar en todo el Puerto donde no hubiera un enfermo. El párroco iba delante oyendo confesiones y yo iba detrás administrando el Sacramento de la Extremaunción. La cantidad de enfermos era enorme. Las calles aparecían desiertas y en parte llenas de ataúdes. Ni con los colores más chillones, ni con las palabras más tristes pueden describirse las escenas que se desarrollaban en el Puerto. Moría mucha gente. El Puerto en aquel tiempo estaba muy falto de higiene. Esta epidemia fue un verdadero desastre.

Cuando el sol volvió a salir y el cielo recobró su color azul, la alegría volvió a renovarse en aquel desgraciado caserío, después de perder a miles de sus habitantes.

Por estos tiempos se fundó *El Defensor de Canarias*. Primeramente funcionó semanario y pasados unos meses se convirtió en diario. El diario católico de Las Palmas. Con ese motivo para que yo me encargara del mismo, me nombraron a mí coadjutor de la Parroquia de San Agustín. Poco después comenzó el curso en el Seminario Conciliar, y fui nombrado Profesor de Tercer Curso de Latín y Humanidades.

Me hice cargo de *El Defensor de Canarias*, como Redactor-Jefe.

*El Defensor* salía del mismo Palacio Episcopal, en la imprenta del Boletín Oficial de la Diócesis. Años más tarde pasó a un local adquirido en la calle de los Reyes.

Hay un episodio en mi vida que se me olvidaba y quiero que conozcan mis lectores. Estando en Tamaraceite se convocó por el Obispado un concurso-oposición de parroquias. Se hallaban vacantes casi todas las parro-

roquias de la Diócesis. ¿Debía yo presentarme a oposiciones? Había razones en contra y razones a favor. Razones en contra, que era muy joven. Acababa de terminar la carrera. Aquel mismo año había terminado el cuarto de Teología. En el concurso se cotizaban mucho los méritos y yo no tenía ninguno. Y en cambio la mayoría de los sacerdotes se hallaban cargados de servicios. ¿Razones a favor? Que tenía muy recientes los estudios y podía hacer una oposición brillante. ¿Qué hacer? Creí que lo más conveniente era presentarme. Consulté al Señor Obispo y me dijo casi estas mismas palabras:

—Me parece muy bien que te presentes. Puede que obtengas al menos una de las parroquias de nueva creación.

Las parroquias de nueva creación eran Las Lagunetas, Montaña de Cardones y otras dos.

Salí aquel día muy contento de Palacio. Me hago con el Cuestionario de Oposiciones y comienzo a prepararme como Dios manda. El Cuestionario fue preparado a conciencia.

Hice mis oposiciones. Quedé muy contento de los Ejercicios. Y, en efecto, alguno de los jueces a quienes consulté, me dijeron que había estado muy bien. Pues ahora, me dije, a esperar el fallo. Y cuando llegó me encuentro con las manos vacías.

¿Razones? Que era muy joven y servicios parroquiales ningunos. Casi la misma respuesta que me había dado el Sr. Obispo. Incidencias de mi vida; pero incidente desagradable que me hizo pensar mucho.

de bastante altura entre los periodistas isleños. Era Abogado de bastante saber y conocía todos los problemas isleños. Sus editoriales eran muy celebradas.

Para dar consistencia a mi estancia en Las Palmas se sacó a oposición un Beneficio en la Catedral con cargo de Redactor-Jefe del periódico católico. Es decir, a mi medida. Oposité, desde luego al mismo; pero con tal mala suerte que a uno de los jueces del Tribunal, no sé si para demostrar su sabiduría, se le ocurrió poner como tema de un artículo periodístico *El Mesmerismo*. Del Mesmerismo yo había leído muy poco. Y empecé a reflexionar que escribiendo sobre tal tema yo haría muy mal papel. Comienzan los nervios a funcionar, hasta que al fin me levanté de la silla de exámenes y tomé las de Villadiego. Al llegar el Tribunal se encontró con la sala vacía y sin opositor. ¡La que se armó!

Pasado algún tiempo se reanudó la oposición y el Beneficio me fue conferido, si no andaban muy mal de personal en la redacción de *El Defensor*. Comencé la vida coral y la verdad, le encontré muy pocas simpatías. No me gustaba.

Por este tiempo fui nombrado también Profesor de tercer curso de Latín y Humanidades del Seminario Conciliar.

Aquí también tuve mis incidentes. La enseñanza del Latín en el Seminario se hallaba bastante anquilosada. El Latín, lengua tan sabia y tan docta no tenía base científica alguna. La rutina y nada más que la rutina. Raimundo de Miguel, que en su tiempo gozó de gran prestigio, se había convertido en nuestro Seminario en un pontífice. Aprenderlo bien de memoria era conquistar el Meritissimus, y el nombre de latinista. ¡Qué cosa más ridícula que saberse las reglas en verso del género de los nombres o las grandes listas de pretéritos y supinos, y sin faltar a las reglas sintácticas más elementales expresarse en un latín macarrónico en las aulas de Filosofía o Teología! El Latín de los clásicos era para los museos.



Intenté en mi clase de Tercero introducir alguna innovación; pero se levantó contra mí una atmósfera irrespirable, que tuvo por efecto al año siguiente cambiarme a la clase de Literatura castellana. Yo había predicho a mis discípulos erigir una estatua de terracota en el patio amarillo a Raimundo de Miguel. Pero mi iniciativa se quedó frustrada. Raimundo de Miguel se quedó sin estatua, porque yo renuncié a la cátedra del Seminario.

Al tomar posesión de la cátedra de Lengua y Literatura del Instituto de Enseñanza Media, y después de varios años de Profesorado en el Seminario, hice una instancia al Obispo Sr. Serra renunciando a la cátedra del Seminario. El Sr. Serra tuvo a bien aceptarla.

Yo había conseguido ya mis propósitos y quise quedarme independiente. Más tarde renuncié también al Beneficio de la Catedral, después de disfrutarlo unos diez años.

## 12

Con permiso del lector retrocedo en la narración de mis recuerdos. Una de las etapas más penosas de mi vida la pasé al cursar el Bachillerato. Hoy las cosas ocurren de una manera muy distinta y más racional. El sacerdote que pretende hacerse bachiller suscribe una instancia al Ministerio pidiéndolo y acompaña el certificado de estudios eclesiásticos. El Ministerio de Educación decreta la conmutación de estudios, y le expide el título.

El Instituto de Las Palmas se acaba de crear. Las cátedras estaban todas vacantes y una de éstas era mi objetivo.

Pero ¡ah! el camino era muy largo y difícil. Había que comenzar por hacer el examen de ingreso, en com-



pañía de niños de 10 años, y después examinarse de cerca de 30 asignaturas. El profesorado no veía con buenos ojos eso de matricularse en una misma convocatoria de cuatro y cinco cursos. Y, naturalmente, hube de fracasar.

Trasladé mi expediente académico a La Laguna y allí hube de aprobar bastantes asignaturas, pero no todas.

Al fin pude terminar en Las Palmas, llevando como última asignatura el Francés.

Por cierto que recuerdo que se presentó también en la misma convocatoria el poeta D. Fernando González.

Las de Ciencias fueron las asignaturas más difíciles para mí, pues del Seminario llevaba escasas nociones, y ahora tenía muy escasas oportunidades de preparación, dadas mis ocupaciones.

El bachillerato fue para mí una carrera de obstáculos que tuve que superar con tiempo y paciencia.

\* \* \*

La carrera de Letras ya no me fue tan difícil. Hice el Preparatorio en la incipiente Universidad de La Laguna. No había entonces en La Laguna más que el Preparatorio. Y tenía que desplazarme a la Península. ¿A dónde? Pedí programas y textos a Granada. Y en aquella bellísima Ciudad y en dos convocatorias con intervalo de dos años, obtuve la Licenciatura en Letras.

En Granada me trataron muy bien todos los Profesores. En la primera expedición aprobé trece asignaturas. Dejé el Griego para el segundo viaje y ésto casi me cuesta un disgusto. El catedrático de Griego llevaba muy mal el presentarse en una misma convocatoria de los dos cursos. Por lo demás, como era muy exigente, apretó bastante en el ejercicio del primer curso. El examen duró más de una hora. Hubo algunas fluctuaciones en mis respuestas. Pero, al fin, me aprobó. Al día siguiente me examinó de

segundo curso. Antes hubo algún mensaje aconsejándome que no me presentara. Pero yo iba desde Canarias. Tuve suerte. Me encontró mejor preparado que en el primer curso. Lo mismo en teoría que en el trozo de traducción de la Iliada. El hombre quedó sorprendido. Y dijo a algún miembro del Tribunal que si no hubiera sido por el simple aprobado del primero me hubiese calificado con mejor nota.

Otro caso raro de los exámenes de Granada fue el examen de Hebreo y de Arabe. Regentaba estas cátedras un mismo catedrático, ya de alguna edad, y con muchas manías, según me informaron. Se casó ya maduro y había tenido dos hijos. A uno le puso el nombre de Jesús y a otro el de Mahoma.

Yo había preparado el Hebreo, que en nuestro Seminario se atendía entonces bastante bien, pero de Arabe apenas tenía unas nociones, creo que notoriamente insuficientes. Menos mal que en el Tribunal había un sacerdote, entonces Profesor de Lógica de la Universidad y me ayudó bastante a salir del paso.

Cuando terminé la última asignatura di las gracias a San Juan de Dios, muy venerado en toda Granada.

Había llegado a mi primera meta. Ya era Licenciado en Filosofía y Letras. Ya estaba habilitado para opositar a Cátedras de Instituto.

Los bellísimos paisajes de Granada ya tenían para mí otro encanto. ¿Cómo veía ahora, después de mi triunfo, el palacio de la Alhambra? ¿Cómo el Generalife? ¿Cómo el Sacro Monte? ¿Cómo la bellísima Sierra Nevada?

Con razón dice Azorín que el paisaje lo hace uno mismo. Lo lleva uno dentro.

Para mí, Granada dejó recuerdos imborrables que aún conservo con amor dentro de mi corazón. Desde Granada pude contemplar aquellos días los dilatados horizontes de mi vida y de mi porvenir...

Pude entonces decir, desde lo más hondo de mi alma

lo del personaje aquél de la égloga de Virgilio, para quien Roma era el símbolo de la libertad:

Granada es mi porvenir, mi libertad.

## 13

Las oposiciones. El último y principal obstáculo. Mucho se ha hablado en contra de las oposiciones, hasta considerarlas como uno de los males de España. ¿Quién no conoce las diatribas contra las oposiciones del Dr. Marañón? Este insigne Doctor, a pesar de su talento, no pudo entrar en el escalafón de Catedráticos de Universidad. Y sin embargo...

Sin embargo, Doctor, la oposición es el sistema menos malo y que se presta a menos componendas y corrupciones. ¿Cómo son y cómo han sido los concursos? En ellos las simpatías, las amistades, las influencias y, hasta el soborno, juegan un papel muy importante.

En las oposiciones —lo sé por experiencia— no basta estar bien preparado. Es un factor muy importante tener suerte en los ejercicios. También tiene algo de verdad que las oposiciones tienen algo de lotería, entre los opositores bien preparados. A veces un opositor bien preparado tiene un mal rato y pierde la cátedra. O le sale un tema muy difícil que no sabe cómo exponer. Y se hunde. En cuanto al estado de ánimo, los nervios y otros imponderables pueden hacer milagros.

En mis primeras oposiciones había una sola cátedra. Había muchos años que no se celebraban oposiciones. Los opositores eran de calidad y bastantes. Mis posibilidades eran casi nulas.

Para mayor sacrificio la cátedra de Latín de Las Palmas tenía acumulada Lengua Española. Y cuando los



opositores esperábamos el comienzo de los ejercicios aparece en la *Gaceta* un nuevo plazo admitiendo más opositores para la cátedra de Literatura. Nuevos esfuerzos. Nuevos programas.

Con una sola cátedra y opositores tan estupendamente preparados parecía natural que la votación del Tribunal fuese difícil y laboriosa.

Un día, ya avanzada la oposición, corrieron unos rumores increíbles. Ya avanzado el cuarto ejercicio estaba yo en la Biblioteca Nacional muy abstraído en mi lectura, cuando me toca por la espalda uno de mis compañeros de oposición y me dice:

—¿Sabes quién será el nuevo catedrático?

—¿Ya se sabe?

—Sí, el mejor de nosotros, el Chato.

—No puede ser.

—Pues, sí, desgraciadamente, es cierto.

Efectivamente. Termina la oposición, se verifica la votación, y el mismo salió por mayoría, ante la estupefacción de la sala y las protestas del público y el pateo y silbidos de numerosos opositores.

¿Quién ha dicho que las oposiciones son el mejor sistema de elegir catedráticos?

Pasan los días y el atropello resonó por todo Madrid.

Uno de los opositores, que mejor preparado estaba y que había hecho unos ejercicios brillantes, escribió una carta al cacique de cátedras de Latín de entonces que figuraba entre los miembros del Tribunal y a quien todo el mundo señaló como el autor de la maniobra.

Reacción del cacique, oída por estos oídos:

—Ese señor no será catedrático mientras yo ande por aquí.

No obstante, aquel opositor, de indudable talento y preparación en Latín, muy poco tiempo después se presentó a la cátedra de Latín de la Universidad de Santiago y salió catedrático por unanimidad.

A pesar de las amenazas y con todas las de la Ley, salió catedrático.

En las oposiciones se pierden muchas energías y muchas ilusiones. Pero hay que perseverar. No se gana Zamora en una hora.

Esta es la historia de mi primera oposición.

## 14

Las oposiciones son más penosas cuando uno tiene que trasladarse de Canarias a la Península. Y a veces tropieza uno en la calle con señores de opiniones muy curiosas. Hay en nuestras Islas quien cree que uno no tiene más que llegar a Madrid, sentarse en una silla, delante de un Tribunal, sugestionar a éste, y echarse la plaza en el bolsillo. No. La realidad es muy otra. Uno allí es uno de tantos. Hay que luchar con jóvenes bien preparados. Que han tenido maestros excelentes que, con frecuencia, se convierten en sus valedores y padrinos. Mientras que el opositor canario, muy frecuentemente es autodidacto. Y por todo valimiento lleva una cartita de recomendación, que, casi siempre, de nada le sirve, sino para callejar por Madrid y entretener los nervios.

Cruzar el Atlántico, estar a punto de ganar una cátedra y ser excluido a última hora de la oposición por llegar tarde a la hora de sacar tema. Esto me ocurrió a mí en una de las oposiciones.

Pero un día me llegó mi hora. Era presidente del Tribunal D. Vicente García de Diego de la Academia Española y director del Instituto Cisneros. Hombre íntegro y justo. Le acompañaba cuatro jueces, excelentes catedráticos y personas rectas. Y la justicia se hizo.

No obstante, mis preocupaciones fueron enormes. Se

trataba de los tiempos de la proclamación de la República. El 14 de abril las oposiciones estaban muy adelantadas. Incluso llegamos a creer que serían suspendidas. Pero no ocurrió así. Al tomar posesión del Ministerio Marcelino Domingo y Barnés de Director General, nuestro Presidente les visitó. Marcelino Domingo le dijo:

—Sigan ustedes como hasta el presente.

Hubo no obstante otra preocupación. Eramos seis sacerdotes opositores, y algunos estábamos en los primeros números. Y la República era laica.

—No importa —dijo uno de los capitostes—. Si se han ganado la cátedra, ¿por qué se les va a quitar?

Aún recuerdo con gran emoción la fecha del 10 de mayo cuando la quema de conventos e iglesias. Aquel día Madrid se hallaba bajo el terror. Era imposible salir a la calle. Hasta el ambiente se fue oscureciendo. ¿Qué va a ocurrir? Pero a media tarde y poco a poco los ánimos se fueron serenando. Los incendios sofocándose, y al fin, la calma.

Y el 20 de junio de 1931 pude tomar posesión de la cátedra de Lengua y Literatura latina del Instituto de Enseñanza Media de Las Palmas.

## 15

Trabajo, sudores y fatigas me costó obtener la cátedra de Latín del Instituto, pero lo conseguí. No era fácil, al menos en aquel tiempo, conseguir ingresar en el Escalafón de Institutos. No. Las cátedras eran pocas y las circunstancias muy poco favorables.

El homenaje no se hizo esperar. Y al frente del mismo los compañeros del Instituto que ya habían convivido conmigo algunos años.



El homenaje consistió en una cena en el Hotel *Los Frailes* de Tafira. Hubo muchas adhesiones, aunque las circunstancias políticas, creadas por la recién estrenada República no eran muy favorables. En realidad fue un homenaje popular dirigido por el Instituto. A él asistieron bastantes alumnos. La sorpresa de la noche fue la asistencia del Gobernador Civil. El primer Gobernador Civil republicano en Las Palmas de Gran Canaria. Estuvo muy atento, muy correcto y cortés. Nos habló de la naciente República, que a todos los ciudadanos nos considera iguales, sin tener en cuenta ideas ni credos religiosos. ¿Se confirmó este ideal a través del tiempo? El nuevo Gobernador se olvidó de lo de mayo.

Dicen que el acto resultó bien. Para mí puedo decir que fue un sexto ejercicio de las oposiciones. Tan poco me gustan estos actos, donde hay que disimular tantas cosas incompatibles con mi carácter y manera de ser.

Pocos días después se celebraron los exámenes de Reválida en el Instituto y por Catedráticos de Instituto, según órdenes de la República. Estos exámenes hacía ya bastante tiempo que se celebraban en la Universidad. Fue de los primeros decretos dados por la República. Las aguas volvían a su cauce. El grado de Bachiller volvía a los Catedráticos de Instituto.

¿Por qué no había de ser así? ¿Es que el Catedrático de Instituto carece de ciencia o de prestigio para conferir este grado? ¿No confieren los Catedráticos de Escuelas de Comercio los títulos de Perito Mercantil? ¿No dan los Profesores de Escuelas Normales los de Maestro? ¿Y las Escuelas de Náutica y otros centros de Enseñanza Media? ¿Por qué se hace esa excepción con los Institutos?

Es que el grado de Bachiller —dicen unos— es anterior para el ingreso en las Universidades, y por tanto ésta, la Universidad, debe tener el control del mismo. No es así. El grado de Bachiller cierra un ciclo de la educación de los jóvenes. No se estudia el Bachillerato exclusi-

vamente para ingresar en la Universidad. El Bachiller lo mismo ingresa en la Universidad, que se dedica a muchas otras actividades de la vida. El Bachillerato es un título que le da al ciudadano una cultura general y le abre miles de horizontes en la vida. ¿Por qué se le somete a control universitario a aquél que no piensa pisar los umbrales universitarios?

Al que ingrese en la Universidad, puede ésta someterle a las pruebas que estime oportunas. ¿Es que no puede la Universidad establecer exámenes de ingreso? Así ella exigiría lo que creyera conveniente y dejaría de echarle la culpa de sus fracasos a la mala preparación que los alumnos llevan de los Institutos. Si ella les da el pase cesarían sus ridículas quejas y carecerían en absoluto sus lamentaciones de base lógica.

Pero aquí, en nuestro caso, las razones son otras e inconfesables. Hay un trasfondo de intereses egoístas y a veces políticos que cubren con las banderas de Religión y Patria. Ya sabemos todos cómo se maneja en este retablo de Maese Pedro que es España.

Y la cosa está clara, más clara que el agua. ¿No son de grado medio lo mismo el título de Bachiller, que el de Perito Industrial, que el de Maestro Nacional? ¿Sí? Entonces ¿por qué no se hace intervenir en ellos a la Universidad? La respuesta es obvia. La puede dar cada lector. Es que en ninguno de esos títulos intervienen grandes masas de estudiantes, ni se ventilan, al cabo de equis años, intereses económicos tan cuantiosos.

\* \* \*

A este respecto, recuerdo con un recuerdo muy vivo, el viaje del Ministro señor Ruiz Jiménez. Los docentes de esta Provincia le ofrecimos una comida en el Metropole. El local estaba repleto de periodistas y representaciones

docentes de todos los grados. A mí, en aquel tiempo, como Director del Instituto, me colocaron a la derecha del señor Ministro. Por entonces se estaba confeccionando en el Ministerio un nuevo Plan de Bachillerato. Y se discutían las orientaciones del mismo con pasión. Este Plan llevó el nombre de Ruiz Jiménez. Los catedráticos de Instituto fuimos convocados a Madrid para colaborar en el mismo. La alarma era grande, pues el plan vigente entonces no hacía distinción entre un Colegio y un Instituto. El título de Catedrático que el Estado debía valorar estaba por los suelos. Un *quidam*, sin título alguno, explicaba Matemáticas como un Catedrático de Instituto. Y esto ¿por qué? Porque los Colegios privados de órdenes religiosas no querían que sus alumnos se sometieran al control de los Institutos. Ellos no se someterían a exámenes sino solamente a las Universidades. Naturalmente, el profesorado de Institutos, nombrado por el Ministerio, después de unas oposiciones severísimas se hallaba desprestigiado y hasta calumniado. Era natural que en aquellos momentos los Catedráticos aprovecháramos la presencia del Ministro para sacudirnos el sambenito y acabar con tanta iniquidad.

Y, como la sinceridad ha sido siempre mi norma, en la conversación con el Sr. Ruiz Jiménez, salió esta cuestión que, entonces, se hallaba en el ambiente.

Y le hablé claro, muy claro al Sr. Ministro. Le mencioné el malestar que había entre nosotros, la injusticia que el Estado estaba amparando contra nosotros. La temperatura subió bastante, y el Sr. Ministro se molestó.

—¿Por qué, Sr. Ministro, se consiente esta injusticia contra los Catedráticos de Instituto?

No hubo respuesta. Pero sí hubo alusión a mi condición de sacerdote, porque iba contra las normas de la jerarquía eclesiástica, según él.

Por toda respuesta le dije:

—Señor Ministro, la Iglesia en este asunto no puede



meterse. A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Terminó anunciándome que su Plan nos daría bastante alivio en la resolución de este conflicto.

Pero el Plan Ruiz Jiménez vino.

Nos dio —es cierto— algunas intervenciones a los Institutos; pero el grado de Bachiller siguió en poder de las Universidades. ¿Por qué los Catedráticos de Instituto no merecíamos la confianza del Estado?

## 16

El Instituto de Segunda Enseñanza de Las Palmas fue creado en 1916. ¿Bajo qué signo Zodiaco? No lo sé. Lo que sí sé es que ha corrido los más trágicos sucesos que puede correr un Centro docente.

En un principio fue regentado por interinos. Al año o a los dos años fueron llegando Catedráticos y Profesores. ¡Y qué Catedráticos y Profesores! Algunos tomaban posesión desde Madrid.

Comenzó a funcionar en una casa particular de la calle de Pérez Galdós. Así unos dos años, hasta que fue trasladado a un edificio que construyó el Cabildo Insular al final de la calle de Alonso Quesada, sobre el barranco, cerca del barrio de San Roque.

El Cabildo Insular fue el que pidió la creación del Instituto, obligándose a darle edificio, costear el material e incluso pagar el Profesorado hasta que pasase al Estado.

El edificio construido por el Cabildo era bastante amplio. De cerca resultaba una fortaleza, rematada por un casco prusiano. Tenía buenas salas aunque sin condiciones acústicas. Un amplio y hermoso salón de actos. Y estaba dividido en dos plantas.

De todas maneras era un edificio capaz y eficiente para el número de alumnos de entonces. Pero pronto sucedió la tragedia. La primera tragedia de nuestro Instituto. Hubo que compartir el edificio recién estrenado con la Escuela de Comercio. El Instituto quedó en la parte principal y la Escuela en la otra parte, restando al Instituto no sólo espacio sino holgura y tranquilidad.

Repito, ésta fue la primera tragedia y sin variar, como veremos. El número de alumnos crecía rápidamente y las incomodidades también, precisamente en el edificio propio.

En el mes de junio del año 31 tomé posesión en este edificio de la Cátedra de Lengua y Literatura Latinas. El ambiente nacional creado por el cambio de régimen era muy malo, pero el ambiente interior del Instituto era peor. La independencia de los Institutos había sido decretada por el Ministerio de la República, pero los encargados de realizarla estaban intoxicados por la política y el sectarismo. Sin terminar este mes de junio se celebró un claustro para elegir director y secretario. Se discutió mucho. El Instituto era casi un campo de Agramante. En el mismo claustro fui yo elegido Secretario. ¿Por qué acepté dicho cargo? No lo sé. Desde luego fue una ingenuidad que pagué muy cara. Meterme en la danza de pasiones y de líos sin necesidad.

Y más cuando desde Madrid llegó la orden de que nuestro Instituto fuese trasladado al Colegio de los Padres Jesuitas. ¡Cuánto sufrí en este tiempo! Inmediatamente y de una forma clandestina puse una instancia pidiendo la dimisión de la Secretaría. No se me quería admitir y escribí a un Catedrático amigo mío y alegando razones de salud, conseguí verme libre del cargo.

Cuál no sería mi indignación cuando un día llegó hasta mí el rumor de que un Catedrático canario había puesto en duda mi probidad y honradez en la administración de fondos. Ante el Claustro en pleno le hice rectificar.

Al fin me vi libre de la Secretaría y de las fieras que se hallaban a mi alrededor. ¿Es ésta la libertad y bienestar a fuerza de tanto sacrificio conseguida, primero en Granada, al terminar la Licenciatura en Letras, y después en Madrid siendo votado por unanimidad para una Cátedra?

La segunda tragedia del Instituto vino por el traslado al Colegio de los Padres Jesuitas. Allá nos fuimos obligados, dejando en el Barranco Guinguada nuestro propio edificio, con aulas acondicionadas, laboratorios recién construidos, gabinetes de material científico, bibliotecas, etc. La solución de nuestro problema no era esa. La solución era buscarle un albergue a la Escuela de Comercio, pero el sectarismo republicano tenía que seguir su trayectoria. Y el Colegio de los Jesuitas les vino bien. No para las tareas docentes, sino para pensión de Profesores y hacer negocio con la residencia de alumnos. Algún Catedrático trajo al Colegio toda su familia y servicio. Allí dormía y allí comía sin pagar un céntimo. Una verdadera Jauja. Y así todos los años de la República, que fueron pocos.

Viene el Movimiento Nacional y con él la tercera tragedia para el Instituto. El Colegio había que dejarlo a sus dueños. ¿A dónde iría el Instituto? Su antiguo edificio ya estaba ocupado. Pero alguien, aguzando el ingenio, arrancó una Orden de la Dirección General, desalojando a la Normal del edificio que ocupaba en la calle de Canalejas y nos hizo ocupar allí unas habitaciones, porque las otras las ocupaba la Escuela Industrial.

El 30 de Noviembre fui nombrado yo Director del Instituto, por la Junta de Burgos y a mí me tocó la triste tarea del segundo traslado del Instituto. Y sigue la peregrinación. Con todos sus deshechos muebles, laboratorios, bibliotecas, etc., etc.

Y desde la primera semana se me dio un caso muy curioso y digno de referir. Junto a la Escuela Normal



funcionaba el Instituto de Higiene a donde, semanalmente o cada quince días, acudían a revisión higiénica las mujeres de mal vivir. Y era de ver esa clase de gente mezclada con nuestros alumnos. Mi reacción fue inmediatamente la suspensión de las clases esos días.

El local era a todas luces insuficiente para el número de alumnos que crecía enormemente. Junto a nosotros funcionaba también la Escuela Industrial. Y aunque el Cabildo se comprometió a fabricar unos pabellones anejos, el tiempo pasaba y los pabellones no aparecían. Hubo verdaderos agobios para desenvolverse en tan corto espacio. E incluso escenas violentas por la posesión de una habitación. ¿A dónde acudir?

Al fin de unos meses los pabellones se construyeron y se estableció en ellos la Sección Femenina.

Comenzó a pensarse en la idea de la construcción de un nuevo Instituto. Y había que comenzar con la confección de planos para enviarlos al Ministerio. El Cabildo donó —es cierto— un magnífico solar de 18 mil metros. Al cabo de años se mandaron unos planos confeccionados por el Arquitecto escolar Sr. Massanet y al cabo de unos meses fueron devueltos para que fueran reformados según instrucciones.

El Ministerio se mostraba reacio para aprobar los planos. Los planos cruzaron dos o tres veces el Atlántico, hasta que el Sr. Massanet, justamente indignado, se negó en redondo a hacer más reformas.

Una de las veces recuerdo que no se aprobaron los planos, porque los consideraban muy ambiciosos, muy amplios. Y recomendaban unos planos para unos 400 alumnos, cuando la matrícula del Instituto rebasaba ya los 600 alumnos.

Y entonces se vio claro que la intención del Ministerio era de no aprobar ningún Instituto.

Y así pasan los años. Creo que algunos años. El señor Massanet se negó en redondo a confeccionar más pla-

nos, porque decía él que el Ministerio no le seguía tomando el pelo.

¿Qué hacer? ¿Cómo salir de este atolladero? Cada día las necesidades del Instituto seguían en aumento. El número de alumnos crecía sin cesar. Y decidí hablarle a otro Arquitecto. Y encontré a D. Luis Mateo Díaz, que como alumno que había sido nuestro, se prestó a confeccionar unos planos que a todos gustaron. D. Luis Mateo, canario cien por cien, se prestó a seguir mis instrucciones lo mejor que pudo. Seriedad clásica, ambiente canario, bastante holgura. Por lo pronto se limitaría a dos plantas, con vistas a un presupuesto moderado que no asustara al Ministerio. Y, en efecto, como esperábamos, los planos fueron aprobados desde el primer momento. Pero la intención era que por aumento de alumnos, se pediría luego otra planta. Tuvieron suerte los planos de Mateo Díaz. Creo que no llegaban a seis millones de presupuesto. Remató la obra Matos y Alberola y en mala hora. Esta compañía fue para el Instituto una fatalidad. La obra empezó, pero lentamente.

En esto hace viaje a Las Palmas el Ministro Sr. Ruiz Jiménez y le convencieron aquí —¿quién o quiénes?— de que era necesario cambiar de Arquitecto. Y, en efecto, al regresar a Madrid, fue nombrado Arquitecto del Instituto el Sr. Fernández de la Torre. ¿Razones del cambio? Según dijeron, D. Luis Mateo no podía dirigir la obra desde su residencia habitual en Barcelona. Hasta entonces nadie se preocupó de que se hicieran unos planos y un Instituto. Ahora que la obra estaba en marcha era necesario protegerla y darle otro director.

Y al Arquitecto D. Luis Mateo que nos sacó del empantanamiento, y pone el Instituto en movimiento no se le dieron las razones de la destitución, ni se le pagó un céntimo por la obra realizada.

¿Salimos, o mejor, salió ganando el Instituto con el cambio? Los hechos están bien claros y no necesitan co-

mentarios. Los Arquitectos del Ministerio desde bien lejos dirigen sus obras en provincias. Esta razón poco vale. Pero es lo cierto que a los pocos años la obra comenzó a resentirse, y no empezó a caerse por los cimientos sino por el último piso, a pesar de tener el Arquitecto tan cerca.

Y con el tiempo los Arquitectos del Ministerio decidieron que había que derribar toda la obra. Sino trágico el de nuestro Instituto.

Tantos afanes, tantos dolores de cabeza, tantos actos de paciencia para terminar en el vergonzoso espectáculo de derribar un edificio a los siete u ocho años de construido.

Y el primer Instituto de Las Palmas se conquista a pulso el título de PEREGRINO, porque en estas horas que redacto estas notas se halla funcionando en grupos escolares que benévolamente le han cedido para poder funcionar en el presente curso de 1970-1971.

## 17

Cuando el 18 de julio estalla el Movimiento Nacional me encontraba yo en Cueva Grande, disfrutando del campo que ha sido siempre mi locura. Me hallaba muy ajeno a los sucesos que en Las Palmas ocurrían, porque, felizmente, hasta mí no llegaba siempre la prensa diaria.

Por aquellos días cayó mi padre enfermo con una enfermedad gravísima y yo no bajé a Las Palmas. Pues, como supe después, en tan tristes momentos estaba yo cometiendo un grave delito. Así como suena. Yo no era afecto al Movimiento Nacional, según me dijeron unos amigos que fueron a visitarme.

—¿Dónde ha estado usted estos días que no ha bajado a Las Palmas para presentarse y ofrecerse a la nuevas Autoridades?



Y ellos lo comprobaron al instante. Mi padre sufría una embolia y todas las demás cosas para mí no tenían importancia.

Pero mis enemigos insisten en que era desafecto al Movimiento e incluso creyeron que debía perder el título de Catedrático.

La sensatez volvió por sus fueros de momento. Pero el daño estaba hecho. Al tratarse unos días después del nombramiento de Director interino por el Gobernador en lugar de caer en mi persona fue nombrado D. José Voltes, teniente coronel retirado. Persona bellísima, pero que estaba fuera de su ambiente.

Recuerdo que en la convocatoria de septiembre de aquel año se realizó con Profesores extraños a la Enseñanza. Y el Sr. Voltes nos reunió antes de empezar los exámenes y nos advirtió que si en las pruebas había algún suspenso que se lo participásemos a él antes de firmar el acta.

Poco tiempo después se constituyó en Burgos la Junta Nacional de Gobierno y ordenaron que todos los Centros Docentes se reunieran para nombrar autoridades académicas para acabar con el caos.

Aquí apenas había Catedráticos. Unos cesantes y otros en la Península. Reunido el Claustro fui yo propuesto para Director.

El nombramiento de Burgos llegó aquí el 30 de noviembre. Y poco tiempo después comienzan las tareas de las Comisiones Depuradoras. Tarea enojosa en extremo.

Se nombran en Burgos dos Comisiones Depuradoras. Una presidida por el Gobernador Civil para el Profesorado de Enseñanza Media y otra presidida por el Director del Instituto para los Maestros.

Las depuraciones consistían en imponer sanciones a los funcionarios no afectos al Movimiento Nacional. Entre los Maestros Nacionales eran muchos los que estaban inscritos en el socialismo y partidos de izquierda. Nuestro

tribunal pedía informes al Párroco y a otras personas de solvencia. Las sanciones eran: separación del Magisterio como pena más grave, separación temporal, traslados a otro destino. Cada vez las sanciones eran más suaves, por instrucciones de Madrid y al fin creo quedaron fuera apenas un maestro o dos.

Esta labor era penosísima.

Pero yo tuve que relacionarme también con el Magisterio cuando me nombraron varias veces Presidente del Tribunal de Oposiciones a Ingreso. En los Maestros he encontrado excelentes personas y verdaderos amigos.

Es, o mejor ha sido, una profesión, la del Magisterio, que no siempre ha sido comprendida por la sociedad ni por el poder público. Así se explica fuera terreno abonado el Magisterio para las teorías políticas antisociales. El Movimiento Nacional así lo ha comprendido, y ha mejorado muchísimo su situación, hasta el punto de que la nueva ley les da a los maestros categoría de universitarios. Y, en verdad, los maestros y los sacerdotes son la base formativa del orden social.

No siempre me fueron agradables las oposiciones que presidí. Había algunos incidentes que me produjeron inquietudes y desvelos. Pero había que corregir muchas cosas que habían ocurrido en anteriores oposiciones. Imponer la estricta justicia es bastante laborioso; pero al fin el cumplimiento del deber se imponía, a veces, con sangre del corazón. Hay que afrontarlo todo ante la dignificación de una clase social tan digna como el Magisterio canario.

Otra tarea que cayó encima de la Dirección.

Era propósito del Ministerio infundir en el Magisterio un nuevo signo sobre la educación nacional, ya que hasta la fecha había sido esta clase social muy bien trabajada por el socialismo y doctrinas izquierdistas.

Y nada mejor que recordarles que la historia de España, de la España tradicional no era así. Es lástima que

uno de los oradores careciera de las dotes de orador, como era yo, pero gozaba indeciblemente con la lectura y meditación de la *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu. Y en este espíritu procuré inspirar mis palabras a los señores Maestros. Ello les proporcionó un aspecto nuevo de la historia de España.

La primera tanda de conferencias celebrada en el salón de actos del Colegio Salesiano creo que dejó a mi público bastante satisfecho. Todas se basaron en la verdadera filosofía de nuestra mejor historia.

La segunda semana versó sobre la metodología de historia y ésta estuvo regularcilla nada más.

Un oficio del Rector puso fin a este episodio.

Así es como me relacioné bastante en aquellos tiempos con el Magisterio canario, del cual me formé el mejor concepto.

## 18

Y en el cargo de Director permanecí hasta la jubilación en 16 de septiembre de 1964, al cumplir los 70 años de edad.

¿Cómo cumplí mi misión al frente del Instituto? Los testimonios que aduzco en esta obra lo dirán. La gestión era difícil. No teníamos edificio. El Instituto funcionaba en dos Secciones, masculina y femenina. En un principio el local era el que ocupaba la Escuela Industrial. Al poco tiempo el Cabildo cumplió su promesa de construir unos pabellones en la trasera del edificio. En ellos se estableció la Sección Femenina. Los pabellones eran amplios y entre ellos y el viejo edificio había un patio bastante holgado. La situación no era muy cómoda pero el Instituto podía funcionar.



Mi propósito en la Dirección era mantener los alumnos en plan de permanencia todo el día. Y creo que lo conseguí. Las permanencias para Catedráticos y Profesores no eran obligatorias, pero nadie se las perdía porque estaban bien retribuidas.

Poco a poco una disciplina paternalista fue imponiéndose al Profesorado y a los alumnos. Todo el mundo cumplía con el horario que cada curso se aprobaba en el primer claustro del curso. Salvo enfermedades, la asistencia a clase era eficiente. Nunca, en mis 28 años de Dirección, se dio un caso de rebeldía en el Profesorado ni se celebraron claustros de disciplina contra los alumnos. Las faltas de éstos eran sancionadas con penas menores.

Estaba la disciplina del Centro en manos de un Jefe de Estudios que daba diariamente cuenta de las faltas de asistencia de Profesores y alumnos. Las de los alumnos eran comunicadas a sus padres por escrito antes de las 24 horas.

En poco tiempo el Instituto quedó transformado. Las peticiones de ingreso eran numerosísimas. En pocos años la enseñanza oficial mereció la confianza de los padres de familia.

Había orden, disciplina y eficiencia.

El nivel científico y cultural de los alumnos fue su-  
biendo cada año. El Claustro, por otra parte, se fue completando con nuevos catedráticos y auxiliares de oposición y puedo decir que la fama de la organización del Instituto de Las Palmas se fue difundiendo por la Península, hasta el punto de que las cátedras de nuestro Instituto eran elegidas con preferencia por opositores peninsulares que obtenían los primeros números. De algunos de los claustros de la Península teníamos aquí algún traslado.

Esto no ocurría antes. Los opositores venían al Instituto de Las Palmas, cuando no tenían otra alternativa.

La marcha del Instituto nos permitió realizar también

alguna fiesta, especialmente para el día del Patrono Santo Tomás de Aquino. Las veladas del Instituto se hicieron célebres. Poníamos en escena alguna obrita teatral, a veces confeccionada por los Profesores. Se organizaban conciertos y bailes típicos y otros pasatiempos sin perder horas de clase.

Es decir, que nuestra disciplina no era rígida ni seca, sino esencialmente familiar. También organizábamos excursiones al campo en que los alumnos disfrutaban bastante. Y, sin embargo, ese régimen alegre y de camaradería entre Profesores y alumnos hubo de ser tachado de tiránico por algún Profesor que echaba de menos el libertinaje de otro tiempo, en que los chicos se paseaban por las calles de la Ciudad mientras ellos se entretenían en otros quehaceres. Y, cuando iban a clase, no explicaban la asignatura, sino las últimas modas sociales.

## 19

En la Dirección del Instituto hay momentos de tranquilidad, pero también abundan las preocupaciones. Y estas preocupaciones proceden en su mayoría del Profesorado. No siempre todos son diligentes en el cumplimiento del deber. Con frecuencia hay que llamarles la atención.

Sobre todo hay que tener mucho cuidado en la elección de Ayudantes interinos.

No todos los candidatos son aptos para entrar en el Claustro. La experiencia me dictó que es preferible rechazar un candidato desde un principio, a soportar sus deficiencias durante todo el curso. Esto realmente produce muchas enemistades y censuras.

Un profesor que por su incompetencia o falta de tacto no sabe llevar una clase, es un vivero diario de disgustos.

Vienen quejas de los alumnos, quejas de los padres, quejas de los mismos compañeros, y al fin, el desprestigio del Instituto. No se puede ser blando en la elección de profesores ayudantes. Es preferible el disgusto todo junto a los disgustos diarios. Por esto, muchos censuraban mi actuación. Pero ante todo, el prestigio del Centro.

Alguna vez se me dio el caso de dar el cese en su clase a algún profesor que no mantenía la disciplina en su clase. Los alborotos de los alumnos se sentían por las galerías. Y esto era un día y otro día. Había que cortar por lo sano y se cortó y se restableció la disciplina.

Desde luego, se pasan horas amargas en la dirección de un Centro. Y desde luego, hay quien la busca y quien la maniobra a diestra e izquierda por conquistarla, y esto de las maniobras es muy sabroso. Se hace política con todo y no siempre se procede con seriedad y honradez.

¡Cuánto pude aprender y aprendí en mis 28 años de Dirección en el Instituto!

Hasta que al fin, cansado, presenté mi dimisión repetidas veces al Sr. Director General, dimisión que nunca me fue aceptada.

Véase la siguiente carta del Jefe de la Sección del Instituto:

«Mi distinguido amigo: Le escribo por encargo expreso de nuestro Director General, en relación con su instancia de 10 de julio último, a la que no quiere dar contestación oficial.

»Después de pensarlo detenidamente, no se ha decidido a aceptar la dimisión de Vd.; le cuesta demasiado prescindir de un colaborador tan excelente, a quien considera modelo de directores.

»El prefiere esperar, confiando en que, con los cuidados necesarios, Vd. se repondrá pronto y podrá seguir desempeñando la Dirección del Instituto tan acertadamente, por lo menos, como hasta ahora.

»No se si acierto a reflejar bien aquí las palabras de



encomio del Director General y su resolución de no aceptarle la dimisión; pero creo que lo que le digo será suficiente para hacerle revocar su decisión.

»Reciba el testimonio de mi mejor afecto, con el deseo de un restablecimiento rápido.—Firmado: *Manuel Utande.*»

La Dirección del Instituto se iba haciendo pesada. Las fuerzas para luchar con las dificultades cada día me iban faltando. ¿Qué hacer? Presentar la dimisión, pero la dimisión no me era aceptada.

## 20

¿Cuántos años llevábamos ya en el edificio de Canalejas luchando con la estrechez y con otros avatares? No lo sé. La construcción del nuevo edificio en la calle de Tomás Morales iba muy despacio. La Compañía Matos y Alberola no marchaba bien y la espera se hacía interminable.

Al fin, después de varios años pudimos trasladarnos con el edificio casi terminado. Y pudimos respirar con holgura y amplitud. El edificio era magnífico. Pocos edificios de Instituto en la Península podían compararse con el nuestro. Así lo reconoció el Ministro Sr. García Minas en uno de sus viajes por aquí. Sus líneas eran sobrias. De sabor clásico y de gusto canario. D. Luis Mateo Díaz había interpretado muy bien nuestros gustos y directrices. ¡Qué mal le habían de pagar! Fue echado inicua y sin cobrar un céntimo, cuando la obra iba ya a recibir el tercer piso. Y precisamente por este tercer piso que él ni hubo de proyectar comenzó a desmoronarse al poco tiempo.

Cuando nosotros lo ocupamos fue instalada la Sección Femenina en la derecha y la Sección Masculina en el ala izquierda. Cabían perfectamente y aún sobraban habitaciones.

Al poco tiempo fue creado el Instituto Femenino y nombrado Director del mismo a D. Manuel Cardenal, buen amigo y excelente compañero. Y el sino de nuestro Instituto tampoco falló ahora. Había también dos Centros bajo un techo; no podíamos estar ahora solos e independientes, aunque ahora las molestias y razonamientos eran mínimos. Algunos servicios, como el salón de actos, eran comunes.

Pero estaba de Dios que edificio tan magnífico, que tanto tiempo habíamos esperado y que tantos afanes nos costó, comenzara a desmoronarse y agrietarse. Primero cayeron los techos y después aparecieron grietas en las plantas bajas. ¿Ofrecía peligro de desplomarse? Por un tiempo se creyó así. Pero luego los arquitectos del Ministerio dictaminaron que no había tal cosa y continuamos unos años más funcionando normalmente.

¿Solución definitiva del problema? ¿Que era preferible deshacer el edificio y construir otro nuevo? Así se está realizando después de mi jubilación y muy a pesar mío, porque en realidad le tenía verdadero afecto al que teníamos.

No obstante tengo entendido que el viejo no llegó a diez millones de pesetas, mientras que el actual fue rematado en más de veinte millones.

## 21

En cuanto a mi labor docente pocas cosas tengo que decir. Desempeñé, primeramente las cátedras de Latín y Literatura del Seminario, donde creo hice una buena labor.

Algo luché contra la rutina y la tradición y por eso me cambiaron de cátedra.

Después desempeñé Literatura General, dándole un carácter práctico de lecturas y ejercicios de composiciones que no a todos mis compañeros agradaban. Pero pue-

do decir que mis alumnos descubrían cada día un nuevo horizonte. Estaban encantados. Pero el que no estaba tan contento era yo. Hasta que decidí renunciar a la cátedra del Seminario, al obtener la del Instituto. Presenté instancia al Obispo Sr. Serra y me fue aceptada la renuncia.

Y así pude dedicarme a mi cátedra de Latín del Instituto con toda libertad e independencia. En el Instituto trabajé con entusiasmo; pero el Latín que era posible enseñar en el Instituto era muy elemental. Disponía solamente de una hora alterna. ¿Y qué se hace en una hora alterna para dos cursos? Nada; el Latín es una asignatura muy difícil y había que suplir la falta de tiempo en el horario por los adelantos didácticos empleados en la enseñanza, y de aquí el empeño de mi labor en alcanzar el mayor aprovechamiento de los alumnos con nuevos métodos.

Nada de memorismos. Sino cuadros gráficos en la pizarra. Procedimientos intuitivos. Y nació mi primera obra didáctica: *METODOLOGIA DEL LATIN*. Creo que fue la primera obra de este tipo en España, según me dijo un compañero de Universidad.

Mi método de Latín era intuitivo, según he dicho, y completamente práctico. Este método supone conocer bien la sintaxis castellana. Para sustituir el régimen de preposiciones por los exponentes de las desinencias latinas, y así se pasa fácilmente del castellano al latín.

Me hubiera gustado emplear este método en el Seminario, donde se dedican al Latín cinco cursos con una o dos horas diarias.

Y a pesar de todo, la asignatura del Latín sigue siendo la oveja negra del plan o de los planes de estudio del Bachillerato. Y en parte es debido a la propaganda y a los prejuicios que en la sociedad existen en contra de esta asignatura.

—¿Para qué sirve el latín?— dicen.

Y el pobre Profesor de Latín se las tiene que arreglar



para tropezar con estas antipatías que en parte frustran todos sus buenos propósitos y esterilizan sus entusiasmos.

De ahí el que uno a veces se muestre severo en los exámenes.

—Es que a usted le gusta mucho suspender— dicen.

No, no, no. Pero es que por mucho que uno piense no llega a comprender nunca en qué se han pasado los alumnos 9 meses de curso. Hay ejercicios que tienen más disparates que palabras. No parece sino que se quieren burlar del Tribunal de exámenes. ¿Qué hacer? ¿Aprobarlo? Imposible. Sería absurdo dar la aprobación a una burla de este tipo.

Año tras año los alumnos se fueron convenciendo de que tenían que estudiar. ¿También el Latín? También el Latín. Y se fue consiguiendo algún resultado.

Y de ahí me viene a mí el calificativo de duro. A mí las farsas nunca me han sido simpáticas. Y menos en el cumplimiento de mi deber.

## 22

Y ahora mis recuerdos sobre mi labor periodística. De más está decir que mis aficiones al trabajo periodístico me han acompañado toda mi vida. Desde el Seminario. Aún recuerdo mi primer articulito en la Hoja Parroquial: *El Saucillo* de San Mateo, editada por el apostólico Don Agustín Domínguez. Yo estudiaba quinto aquel año. *Un patricio te saluda* eran mis primeras palabras. ¿Un patricio? ¡Ahí es nada! se burlaba D. Miguel Suárez, mi profesor de Literatura. Quien tomó la palabra *patricio* en el sentido histórico de Roma. Mientras que yo lo había empleado con el valor de nativo. Es decir, *natural* del pueblo.

Los certámenes *Ora et Labora*, del Seminario de Sevilla, me adiestraron bastante en el periodismo. ¡Con qué emoción leía yo mi primer artículo publicado en la revista *Ora et Labora*, que se publicaba durante el verano.

Después de sacerdote publicaba algunas cosas en la prensa local, con el seudónimo de Cornelio, mi segundo nombre.

Más tarde, mis trabajos periodísticos me valían mi traslado a Las Palmas, al Beneficio de la Catedral y a la Cátedra del Seminario. Se había fundado *El Defensor de Canarias* del cual se me hacía Redactor-Jefe.

En este periódico, que salía de Palacio, en la imprenta del Boletín Oficial del Obispado, trabajé muchísimo. No había redactores. No había colaboradores, ni corrector de pruebas. Apenas un mal reportero. El periódico salía a base de tijeras. Me pasaba todo el día en la redacción. Telegramas, noticias locales. Todo tenía que salir de mis manos, menos el artículo de fondo que me enviaba desde Santo Domingo, D. Prudencio Morales.

En cierta ocasión estaba a punto la salida de *El Defensor* y el artículo no llegaba.

Yo no he sido nunca muy devoto del artículo de fondo, que, a veces, con ciertas generalidades, deja a uno frío. Y en vista de que aquel día no tenía artículo, me senté en la mesa de redacción y escribí yo unas líneas contra el artículo de fondo. Mis líneas cayeron como una bomba, pero el periódico salió a tiempo a la calle y así mis detractores tuvieron una base más para criticarme.

¿Cuándo salí de *El Defensor*? No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que con motivo del primer viaje a Granada para hacer la Licenciatura, al regresar me encuentro que se había hecho cargo del periódico, D. Pedro López, el Arcediano, y más tarde D. Antonio Limiñana.

Pero no por eso perdí mi afición periodística. Escribí artículos para *Diario de Las Palmas* y para *La Provincia*.

Tema principal de mis artículos en tiempo de la Re-

pública era criticar las ambiciones del socialismo, jamás satisfecho, comparándolo con los deseos de los niños mimosos que nunca están contentos. Estos artículos fueron coleccionados en un libro que titulé *A Vuela Pluma*, prologado por algunos amigos.

Cuando se fundó *Falange* colaboré bastante en él. Aún recuerdo mis artículos comentando algunos capítulos del *Quijote*. En este momento recuerdo uno titulado *Las Alforjas de Sancho* que mereció bastantes elogios y aplausos. Si no recuerdo mal, el Sancho de mi artículo era un hombre tan positivista que no daba paso si no le daba algo para meter en la alforja. ¿Había así algunos Sanchos que colaboraban en el Movimiento Nacional?

Muchos de mis lectores recordarán una Sección de *Casos y Cosas* de *Falange*. Estaba firmada por *P.Pito* y comentaba hechos y cosas de la vida corriente o notas de publicaciones. La Sección llamó bastante la atención. Creo que se salía de la rutina periodística de aquellos días. Tan es así que el Director se vio precisado a suspender los *Casos y Cosas* y embarcar a *P.Pito* para la Península en viaje de recreo.

## 23

¿Qué pienso a estas alturas de los setenta y seis años, de mis libros de texto? Al obtener la Cátedra obré como han obrado el noventa por ciento de los catedráticos españoles. Me publiqué mi libro de texto. Un libro de texto para estudiantes de Bachillerato donde vertí mis conocimientos en la materia. Dos volúmenes bastante abultados. Demasiado. Demasiado. Demasiado para alumnos de Bachillerato. Que Dios me lo perdone. *Delicta juventutis*. Es decir, delitos de juventud. Pronto lo pude comprender. Pero el hombre es así.



En sucesivas ediciones y aconsejado por la experiencia, los textos fueron disminuyendo de volumen y el contenido también. Lo mismo ocurrió con los textos latinos para traducir.

Hasta que al fin redacté una GRAMATICA LATINA, muy buena, muy sencilla, muy concisa que creo que no estaba tan mal. Los hechos gramaticales se exponían con pocas palabras y muy claramente.

El Inspector de Enseñanza Media, Sr. Alvarez, la encontró bien y le dio su aprobación. Era el producto de la experiencia, de una experiencia larga y del estudio concienzudo de textos franceses y españoles.

Esta Gramática fue empleada por el Profesorado canario hasta los tiempos de mi jubilación.

En el año 1936 antes del Movimiento Nacional, fueron publicadas dos obras: «Nomenclatura Gramatical» y «Horacio».

La «Nomenclatura Gramatical» tiene su origen en la necesidad de aunar los nombres de los hechos gramaticales en Latín, Castellano y Francés. El alumno se encuentra a veces para designar un contenido, dos y hasta tres rótulos, sobre todo en las conjugaciones, lo cual produce en la mente confusiones penosas. Era nada más que un folleto que mereció los elogios de periódico tan serio como «El Debate» y de muchos profesores en cuyas manos cayó.

Pero siempre debe haber en todo una nota discordante. Me refiero al Catedrático de Universidad, Sr. Carretero, que en el prólogo de su obra «Diccionario Filológico», dijo de mi opusculito: «Poco difundido y de poca importancia». No tanto, Sr. Carretero. Nunca al publicar mi Nomenclatura tuve el propósito de hacer gran cosa, sino simplemente abogar por la unificación de los nombres gramaticales que eso sí tiene siempre importancia.

«Horacio». Desde muy antiguo he tenido una predilección especial por Horacio entre los autores latinos. Sus ideas tenían siempre para mí simpatía. Y de ahí nació la obra «Horacio» (EL HOMBRE, EL ARTISTA, EL FILO-

SOFO, EL CIUDADANO). Un estudio concienzudo del poeta latino como fue reconocido por «Etudes Latines», revista de París.

En el 5.º año del Seminario me hicieron aprender de memoria la «Epístola ad Pisones». Trabajo penoso, pero muy útil para quien desea conocer y seguir en sus trabajos literarios los cánones del clasicismo. Los autores, mejor, algún autor moderno se ríe de las reglas clásicas y así suelen salir algunos trabajos sin un argumento y con plumas y miembros disparatados que nos recuerdan el informe monstruo que nos pinta el autor latino al principio de su Epístola.

—Amigos, a la vista de tal esperpento ¿podríais contener la risa?— dice Horacio.

La realidad es que nuestra edad es la edad de las locuras en todos los aspectos. ¿Sucedería esto si se siguieran los preceptos de Horacio?

¿Cuánto tiempo viven estos esperpentos? Apenas un día como algunos animales. En cambio, las obras concebidas con tino vivirán siempre.

## 24

El mar. El mar constituyó en un tiempo una de mis preocupaciones literarias. Fue entonces mi tema favorito. No en vano Tomás Morales fue el gran poeta del mar.

¿Del mar ribereño? ¿Del mar absoluto?

Tomás Morales vio nacer el mar. Y en él encontró su mejor fuente de inspiración. Escribí varios artículos sobre el mar de Tomás Morales y metido en faena estudié el mar en la literatura universal. El mar entre los hebreos y latinos. El mar entre los escritores españoles de la Edad Media. El mar entre algunos clásicos. La obra la titulé

«Poesía del mar», nombre impropio como decían mis críticos. Pero el mar en prosa como en verso siempre es poesía, por algo es Cuna de Venus la diosa de la Belleza.

Esa obra fue presentada al concurso Virgen del Carmen 1947, y a pesar de sus defectos obtuvo un segundo premio.

De tal manera me agradó el tema del mar, que más tarde, leyendo a Virgilio, en 1946 escribí un opúsculo sobre los nombres de mar en Virgilio, especialmente en la Eneida.

Y en 1952 «EL MAR EN LA VIDA Y LAS OBRAS DE CERVANTES». De esta obra me han pedido bastantes ejemplares las librerías de la Península y muchos Centros culturales. Creo que es un estudio exhaustivo y supone un trabajo abrumador de las infinitas alusiones al mar que hace el gran Cervantes en sus distintas producciones.

No resisto a la tentación de incluir en mis Recuerdos más gratos la siguiente Crítica de la revista nacional «Anales Cervantinos»:

»De ANALES CERVANTINOS. Tomo III. 1953.—

»Socorro, Manuel: El mar en la vida y las obras de Cervantes. — Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Goya.— 252 páginas, 21 cms.

»El profesor Manuel Socorro conoce muy bien los libros cervantinos, que relee con efusión cordial y notable competencia. Por las fechas del último centenario dio buena prueba de ello con el sugestivo trabajo «La Insula de Sancho en el reino de Don Quijote» (Las Palmas de Gran Canaria, 1947). Su posición insular y atlántica le han sugerido después la obra que comentamos, donde se detallan, clasifican y estudian los ecos del mar en la literatura cervantina, tras el examen de la presencia vital del escritor en el determinante escenario marítimo.

»No se trata de un libro más de erudición. Es, ante todo, la proclamación de un amor; amor a Cervantes en su humanidad dolorida y generosa, y amor al mar, entre-



visto, con el cambiante centelleo de sus aguas, en la vida y en la creación literaria del primer autor castellano.

»La obra se convierte, por la diversión eficaz de sus hondas, en una apología del sentimiento de la naturaleza en la literatura española; sentimiento declarado ante el sublime espectáculo natural, la inmensidad azul de las aguas marinas, en la visión gozosa e interpretación del creador de Don Quijote.

»Contra las apresuradas generalizaciones, miopes ante la existencia de un sentimiento de la naturaleza en nuestras letras, no han escaseado los meritorios trabajos en defensa de una verdad más concreta. Bell, en su estudio sobre «El Renacimiento Español» (versión española de E. Juliá, Zaragoza, 1944), dedica unas páginas a destacar la progresiva consideración del mar en nuestra literatura del siglo xvi. Blecua recogió en su florilegio «El mar en la poesía española» (Madrid, 1945) un brillante muestrario de poemas de asunto marinero, sin olvidar los tercetos cervantinos que recuerdan las gloriosas heridas de Lepanto. Gella Iturriaga, copilador del «Refranero del mar» (Madrid, 1944), en su copiosa «Antología marinera» (Madrid, 1945) incluye el pasaje del Quijote sobre la vida en las galeras, y la referencia a las almadrabas en «La ilustre fregona». En cambio, no hay nada sobre Cervantes en el reciente artículo de María Rosa Alonso, «El tema del mar en la lírica española» (Arbor, 1952, xxiii, páginas 41-72).

»Debemos agradecer ahora al profesor Socorro un completo estudio monográfico del tema, precisamente en la literatura cervantina. La vida marítima de Cervantes queda bien glosada en la primera parte del libro. El Mediterráneo es el mar cervantino: sobre sus luminosas ondas saboreó la gloria de Lepanto y la tribulación del cautiverio, con otras jornadas bélicas o venturosas en sus islas y en sus puertos. Por el camino de Ulises y Eneas se curte Cervantes al servicio de la Patria, gana experiencia y dilata su sensibilidad ante los horizontes salinos, siempre

renovados. Una vez se asoma al Atlántico por Lisboa y se siente sobrecogido ante el mar Océano, «el gran padre de las aguas». No llega a conocer el Mar del Norte, cuyo misterioso poder le llega por lecturas y ensueños que traslada a las páginas de su obra póstuma.

»La presencia del mar es constante en las obras de Cervantes; Socorro la va señalando con detalle preciso en cada una de ellas. Y no del mar como recurso metafórico, sino también —y más que nada— como elemento real en el escenario magnífico de la naturaleza. Gracias al mar, el sentimiento de la naturaleza es más vivo en Cervantes... «La Galatea», su obra más artificiosa, se humaniza y toma contacto con la realidad en los episodios marinos narrados por Timbrio y Silerio, donde se transparentan recuerdos autobiográficos.

»La naturaleza se impone al hombre con superior majestad en el mar, que significa también movilidad y dinamismo, frente al sentido estático de la tierra con sus macisos páramos solitarios. El arte literario cervantino gana con los conocimientos y experiencias marítimas del autor, desperdigados pródigamente en sus libros.

»Pero si en todas las obras tiene el mar su representación física, o figurada y metafórica, son particularmente tres las de ambiente casi totalmente marino: «Los trabajos de Persiles Sigismunda», con lances y sucesos maravillosos, fantasías y relatos más o menos verosímiles, donde los recuerdos mediterráneos se trasladan a los mares septentrionales; «El amante liberal», donde encuentra el profesor Socorro un Ulises cervantino con la emocionante geografía vivida en el mismo escenario clásico: Chipre, Malta, Sicilia (Azorín ya señaló el cosmopolitismo y la civilización densa y moderna que sugieren estos pasajes cervantinos del mar). Y «La española inglesa», creada sobre el fondo histórico del lamentable saco de Cádiz por los ingleses el año 1596.

»Lepanto y el cautiverio en Argel aparecen una y otra

vez en la obra cervantina, evocados por necesidad imperiosa de un espíritu fuertemente sacudido por aquellos sucesos. Y es de lamentar que no haya llegado a nuestras manos —si es que lo escribió— el libro sobre «La batalla naval», citado más de una vez.

»La defensa de Cervantes como poeta, con su secuela de poeta del mar, tiene a la vez calor de apasionamiento y razones suficientes. El estudio de la palabra mar, con su adjetivación y metáforas, en el poeta Cervantes ofrece un utilísimo recuento, con verdaderos hallazgos junto a ecos sabidos de las poesías de Herrera —también cantor de Lepanto— y otros artificios estilístico-mitológicos: mar cano, neptúneas sales, mar insolente y crudo, piélago alterado, undosas llanuras, mar incierto, charco azul, sesgo mar, mar sosegado y blando, mar alegre...

»Cervantes, poeta del mar, se alza con el Cervantes poeta mariano, cantor de la Virgen, patrona del mar —Ave Maris Stella—, sobre todo en los pasajes y obras con temas del cautiverio.

»Un censo alfabético de personajes históricos o mitológicos en relación con el mar, de islas y ciudades marítimas citadas en los libros de Cervantes, ordena los motivos que pudieran escaparse en los anteriores rebuscas y cierra acertadamente el panorama propuesto. La visión de un Don Quijote, caballero idealista de tierra adentro, vencido finalmente junto al Mediterráneo en la playa concreta de Barcelona, gana un sentido nuevo cuando se termina la lectura de este libro de M. Socorro.

»La bibliografía cervantina se enriquece, por tanto, con esta obra simpática, jugosa y metódicamente elaborada.—Alberto Sánchez».



Imposible no recordar ahora mis escritos cervantinos. En un principio cuando era estudiante no toleré la lectura de *El Quijote*. Hasta dos veces recuerdo que lo dejé a la mitad. ¿Por qué después le tomé tanta afición? No creo mentir si digo que lo he leído ocho o nueve veces, encontrando siempre el mayor gusto y descubriendo nuevas bellezas y atractivos. Al principio le encantan a uno las aventuras quijotescas. Después se fija uno más en sus frases y hasta en las palabras. Creo que le debo mucho a Cervantes en mi formación literaria.

Escribí en los periódicos de la Ciudad muchos artículos literarios y concebí el propósito de hacer un comentario al *Quijote* del tipo que escribió Unamuno. Y así nació «LA INSULA DE SANCHO EN EL REINO DE DON QUIJOTE». Obra de la que se han hecho dos ediciones. Una pobremente presentada y otra, más reciente y lujosa. Cervantes llegó a ser mi autor favorito. ¿Por qué? Por muchas razones y entre ellas por su estilo sencillo, llano e incomparable. Por el humanismo a flor de línea, por el candor que resuman todas sus ideas y pensamientos. Por su hondura y gravedad hispana y nacional.

Con motivo del Centenario de Cervantes escribí bastantes artículos. Aquí en Las Palmas se celebró una Semana Cervantina en el salón dorado del Ayuntamiento. Se me encargó uno de las conferencias. La sala estaba llena todas las noches. Asistía toda la sociedad culta de Las Palmas. Yo hablé de LA ORTODOXIA DE CERVANTES y creo que llegué a convencer al público de la verdad de mi tesis con textos sacados de las obras de Cervantes.

Américo Castro había publicado en años anteriores su obra *El pensamiento de Cervantes*, sosteniendo que Miguel de Cervantes en el Quijote había demostrado su heterodoxia, disimulando su pensamiento contra el catolicismo por temor a la Inquisición. ¿Hereje Cervantes? De ninguna manera. Ferviente, católico, a pesar de ciertas frases que se emplean en sus obras. «Con la Iglesia hemos tropezado, Sancho y Dios quiera que no tropecemos con nuestra sepultura». No. Esto es simple humor, humor cervantino. Frases para andar por casa, como dice Pemán. Cervantes es profundamente español y profundamente católico a pesar de sus trágicas aventuras, de sus contrariedades y enfermedades. La fortuna jugó al gran escritor pésimas jugadas.

A pesar de todo yo soy un ferviente convencido del optimismo Cervantino. D. Quijote, su gran D. Quijote es el hombre del ideal a prueba de reveses.

Cuando es vencido y desarmado en Barcelona por el Bachiller Sansón Carrasco no pierde las esperanzas de volver a la caballería andante, y proyecta durante este tiempo hacerse pastor, hasta poder volver a la caballería andante.

Y cuando estaba en el lecho de muerte y se le abren los sentidos a la realidad, no le invade el pesimismo, sino que como buen caballero español pide perdón a Sancho y se arrepiente de los hechos realizados durante su locura, de los cuales no era responsable.

Don Quijote es el símbolo de la España imperial que tuvo bajo su mando casi un mundo, hasta que encantadores y malandrines le hicieron ver que estaba loco y, al volver a la sensatez, comenzó a respirar los aires de la decadencia.

Otro estudio cervantino es LA CUEVA DE MONTE-SINOS, conferencia pronunciada el mismo año en el Museo Canario. No estuvo a la altura de la pronunciada en el Ayuntamiento. En *La Cueva de Montesinos* Don Qui-

jote tuvo ciertas revelaciones que le dieron aliento para continuar sus aventuras. Es uno de los ejes de la segunda parte del Quijote.

Mi última obra cervantina es MENENDEZ PELAYO Y CERVANTES. He leído todas las obras de Menéndez Pelayo y en ellas hace algunas alusiones a las de Cervantes. Es más, tiene un discurso dedicado exclusivamente al máximo autor español considerándole como el más genuino exponente del carácter español, sin que haga la menor alusión al *Quijote*, como obra acusadora de la decadencia de España. Al contrario, le exalta como obra optimista, excelsa, de la gran literatura española.

## 26

En mi producción literaria hay una nota que me complace en destacar: el humorismo. Humorismo en incontables artículos de periódico. Humorismo en FAROLOGIA y en RATOS PERDIDOS, y la Sección de CASOS Y COSAS publicada en *Falange*. Se miran las cosas por el lado ridículo o irónico. Se interpretan los hechos por el lado cómico y risible. Ratos perdidos en un opúsculo donde se habla de mis ocupaciones, de mis disparates, de mis lecturas...

Y a propósito de mis lecturas puedo decir que me encantaban las obras y artículos de Fernández Flores que puedo decir que los he leído todos. Compraba el Semanario *La Esfera* para saborear su último artículo. ¿Cómo no iba a contagiarme de su manera de interpretar la vida?

Una idea me venía bullendo en la cabeza mucho tiempo atrás. El que se tropiece uno en sociedad con muchos fantasmales que prometen muchas más cosas de las que hacen. Quieren parecer grandes hombres y no hacen na-



da. ¿Por qué no aprovechar este ridículo para escribir una obra? Y así nació la FAROLOGÍA. Porque estos hombres son unos excelentes faroles. Todo se les va en aparrantar. En hacer escaparates. Pero nada realizan.

La FAROLOGÍA en Las Palmas cayó muy mal. Hubo quien se diera por aludido y la verdad, a nadie apuntaba. Hubo quien lanzó nombres propios, pero perdía el tiempo. Era una obra humorística y nada más.

En RATOS PERDIDOS (1949) realicé un aentrevista a las estatuas de la Ciudad, procurando acercarme a ellas durante las tranquilas horas de la noche. Hablé con Colón, con Cairasco, con D. Benito, con D. Fernando León y otros. Todos me acogían amablemente y respondían a mis preguntas. Hubo uno, D. Ambrosio Hurtado de Mendoza a quien impedía hablar una señora encargada de atajarle las moscas. Esto provocó un pequeño incidente. Pero todo pasó.

SOBRE LAS CUMBRES Y SOBRE EL ASFALTO (1962) es mi última obra humorística. Utilizando los nombres de montes y picos de las Cumbres de Gran Canaria, que tan familiares me son, intenté crear una especie de Mitología canaria, que simbolizan ciertos fantasmones que se pasean por el asfalto de nuestra Ciudad.

Siete Fuentes es el prototipo de esta mitología que preside Roque Nublo, Roque Redondo y otros, que se deslizan Guiniguada abajo hasta pasearse silenciosos y acompasadamente por la plaza de Santa Ana, bailando una danza muy digna de ser presenciada.

¿Plagio de Verdaguer? Esto pretendió algún crítico, pero no pudo probarlo. El gran D. Jacinto —aunque he pretendido leerlo— no ha caído en mis manos. Leerlo e imitarlo sería mi ideal. Plagiarlo, jamás. El plagio es un robo y yo me considero persona seria y decente. ¿Y usted, señor crítico?

Siempre he sido un apasionado de las obras de imaginación. ¿Cuántas novelas he leído? Cientos y cientos. Casi todas las escritas en los últimos años. Nacionales y extranjeras. La lista se haría interminable. Son maravillosos los paisajes creados por la imaginación.

Y de ahí me vino la idea de dedicarme yo también al cultivo de la novela.

Mi primer ensayo fue MARIELA (1962). La acción tiene lugar en un paisaje cerca de la Cumbre: Cueva Grande, mi tierra natal. Se describe el ambiente sencillo que aquí se respira. Las costumbres de estas buenas gentes, mediante una fábula sencilla a estilo de las novelas de Pereda.

Al decir de los críticos creo que conseguí mi propósito. *Mariela* es mi creación predilecta y tal vez la de más ambiente campesino.

Se trata de una chica, cuyos ideales —también las chicas campesinas tienen sus ideales— quedaron frustrados. Y al final, el lector siente una simpatía y una pena por la joven protagonista, aunque complacido, porque conoce la vida y costumbres de uno de los valles de la Cumbre canaria. Es *Mariela* mi única novela de la que se han hecho dos ediciones, casi ya agotadas.

Y sigue la Cumbre de Gran Canaria moviendo mi pluma. Muy pequeño yo, había oído contar a mi abuela materna una historia sobre el agua del Barranco de la Mina que nace en Tejeda. Y se llama de la Mina porque para traerla de la vertiente de Tejeda, frente al Nublo, a la vertiente de Las Lagunetas se necesitó horadar el cerro de Hoya de Becerra mediante un túnel o una mina.

Estas aguas, uno de los nacientes más caudalosos de la Isla pertenecían en un principio a Tejada y discurrían por el Barranco de Tejada a San Nicolás. Fue comprada por señores de Las Palmas y pagadas en monedas de oro.

—Zurrones llenos de oro —decía mi pobre abuela— y en la imaginación de las gentes estos zurroneos vomitando oro, quedaron muy grabados.

¿Dónde fueron guardados? Al decir de la historia uno o varios propietarios lo escondieron en una cueva en lo alto de Risco Prieto enfrente de Las Lagunetas. Las cuevas fueron hundidas por las lluvias y temporales.

Años más tarde la leyenda del oro se difundió y hubo quien, ansioso de oro, hizo excavaciones para buscar los zurroneos de oro en nuestro tiempo.

¿ORO EN LA CUMBRE? Así con interrogante es el título de mi novelita, que se propone dos fines. Uno, un pequeño esbozo de la historia de las aguas de la Mina, que actualmente se divide en tres heredades y se vienen a regar a Las Palmas.

He tenido en mis manos los libros de Actas, que contienen noticias muy importantes a partir de los repartimientos de tierras y aguas de los tiempos de la Conquista.

Quiero hacer, además, una novela. Protagonistas son los habitantes de Las Lagunetas y Culata de Tejada, con las escenas y peripecias propias del género.

Pero también tiene mi libro el deseo de hacer comprender a los lectores que el verdadero oro de la Cumbre es el corazón y la buena vida de los campesinos, sobre todo de algunos tipos como Juan del Pino de Risco Prieto, hombre recio, como un roble o como los centenarios pinos de Gáldar.

Este sí que es verdadero oro.



Era uno de los últimos Claustros del curso y había una gran novedad.

¿Cuándo se dio el caso de que un Director General se ocupara de nuestro Instituto para alabar, de una manera rotunda y clara, la actuación de su profesorado? La carta la recibí esta mañana y aún me parece mentira que la tengo en las manos.

He aquí el texto íntegro:

«EL DIRECTOR GENERAL DE ENSEÑANZA MEDIA.—Madrid, 5 de mayo de 1961.—Ilmo. Sr. D. Manuel Socorro Pérez, Director del Instituto Nacional de Enseñanza Media. Las Palmas de Gran Canaria.—Mi querido amigo: Recibida la Memoria Informativa Anual de ese Instituto y el Informe de la Inspección del Distrito, me complace en expresar al Consejo de Dirección y a todo el Claustro de Profesores mi sincera felicitación y cordial enhorabuena por la constante superación que se advierte en la organización y funcionamiento de ese Instituto.

»Mención particular merece la labor de dirección y de la Jefatura de Estudios, por su acierto, plena dedicación, espíritu de iniciativa y orientación dada a todas las múltiples actividades del Instituto.

»Mi deseo es que pronto puedan contar con todo el material necesario y que las aulas, capilla, salón de actos y las instalaciones deportivas queden en la forma conveniente. Pero desgraciadamente no corresponde siempre la realidad a los deseos; las necesidades son muchas y los medios todavía escasos.

»En cuanto al mobiliario aprobado para ese Centro, habrá de ser equitativamente distribuido con el Femenino

recientemente creado. En cuanto haya persona capaz de recibirlos en el Femenino, continuaremos el amoblamiento según se había previsto.

»Muy bien orientada la labor de los *Seminarios Didácticos*; son una experiencia de garantizada eficacia, cuando se desarrollan seriamente; y lo mismo la *Unidad Didáctica*.

»Continúen, en la misma forma que lo vienen haciendo, perfeccionando y vigorizando la aplicación y desarrollo de todas las normas experimentales vigentes; *Juntas de Cursos*, *Profesores Delegados*, *actividades circunescolares y de extensión cultural*. Es muy importante también interesar a los padres en las actividades del Instituto y procurar su colaboración y apoyo a través de la *Sociedad de Padres de Alumnos*, que en algunos Institutos actúan ya en perfecta coordinación con el Consejo Directivo. Muy conveniente también es la *Sociedad de Antiguos Alumnos* como medio de continuar la vinculación con el Centro y prestarles apoyo y orientación, a la vez que sirven de tutela y ejemplo para las nuevas promociones.

»Estamos viviendo un momento trascendental para la Enseñanza Media; está en desarrollo una total renovación de la metodología, organización y funcionamiento de nuestros Institutos, para ponerlos en el aspecto pedagógico a la altura de la hora actual y de las necesidades nacionales. Me complazco en comprobar que el Instituto de Las Palmas de Gran Canaria es uno de los primeros Institutos españoles que así lo han entendido.

»No puede concretarse el trabajo de los Institutos a la simple *instrucción intelectual*; en este aspecto mantienen un prestigio indiscutido. Es preciso también desarrollar una intensa *labor formativa y educadora* con el alumnado.

»Y nada más. Ruego dé a conocer el contenido de esta carta a todo el Claustro, ya que a todos va dirigida. Con la satisfacción de este contacto directo con ese profesorado y esperando seguir contando con la leal colabora-

ción de todos en lo tarea común de dignificar y mantener el prestigio de nuestros Institutos, *mejorando constantemente su eficacia*, les saluda con la mayor cordialidad y afecto personal, LORENZO VILAS LOPEZ».

El caso, como se ve, es insólito, pero real. La Administración Central alaba nuestra actuación. Y eso, la verdad, uno es humano y siente gran satisfacción. La Dirección del Instituto produce muy malos ratos y preocupaciones; pero he tenido la suerte de que me llegara la hora, y lo digo como lo siento, de que esta carta de la Dirección General me compensa muchos de esos malos ratos.

## 29

Los días de euforia en adelante fueron pocos. Y uno de ellos pasaba yo por la Plazuela y me tropiezo a un buen amigo.

—¿Cuándo sale su obra favorita?

—¿Qué obra?

—La que exalta los valores de Gran Canaria.

—¡Ah!, ¿se refiere usted a la Isla de los Canes? Pues un día de estos.

—¿Argumentos?

Se habla de la Isla antes de nacer y en el momento de nacer antes de la hora del lucero del día. La Isla se presenta desnuda, entre nubecillas que tiemblan en medio del Atlántico. Las demás islas se muestran sorprendidas. Las olas —si es que hay olas— la besan amorosas. Poco a poco el día crece y se muestra esplendoroso. La Isla ofrece todo su contorno en medio del mar tranquilo. Sonríen los montes y las cañadas. Aparece un tenue verdor. Zumban los insectos. Circulan las aves. Los perros ladran y aparecen espontáneamente por todas partes. ¿Por qué



son en esta Isla tantos los canes? La vamos a llamar la Isla de los Canes. Y la Isla de los Canes fue llamada en adelante.

Arriba —no se sabe de donde—el gran Atlante y se apodera de las Cumbres de la Isla. Atlante la preside y la domina.

Comienzan los temporales a transformar la superficie de la Isla. Atlante la recorre llevando detrás un ejército de canes.

En sus correrías, Atlante tropieza con Utiaca, y da lugar a una novela. ¡Cuánta felicidad para Atlante y su séquito! Pero los temporales arrecian.

Y viene ahora el porvenir de la Isla.

Y termina todo con la profecía del futuro de la grandeza de LA ISLA DE LOS CANES.

### 30

Uno de los recuerdos más vivos que conservo de mi juventud es Tamaraceite. Fue mi primer cargo público. Este pueblo, no sé por qué, se hallaba mal atendido. Y yo intenté cumplir con mi misión lo mejor que pude. Hubo un grupo de personas, especialmente jóvenes, que se pusieron a mi entera disposición. Y tanto los jóvenes como el pueblo entero, empezó a entrar en mi alma.

Y yo conocí a Tamaraceite cada día más. Prueba de ello es la novelita que concebí y salió de mis manos con gran facilidad. Retraté en ella todas las clases sociales sin que ellos casi se dieran cuenta.

Parece que estaba presintiendo la actual gran población de Tamaraceite. Y los vecinos de este pueblo creen ver en ATAMARASEID su propio retrato. Pocos, muy pocos vecinos, se habrán quedado sin leerla.

## 31

LA INSULA DE SANCHO EN EL REINO DE DON QUIJOTE fue escrita y publicada en 1948. Edición pobre, pobrísima, que por su factura y presencia se caía de las manos. Eran tiempos aquellos de penuria y no se podía hacer otra cosa. La obra parece que no cayó mal. Son meditaciones sobre el Quijote que, al decir de algún crítico, tenía especial aceptación.

Pero ¿no era Cervantes digno de mejores galas y de mejor presentación?

Y en cuanto pude decidí hacer una edición espléndidamente presentada como las suele hacer mi especial amigo el vate canario Pedro Lezcano. La portada es magnífica. Las páginas interiores tienen también la claridad y justeza de su gran imprenta. El contenido tiene apenas algún retoque, como debido a mi pobre mente creadora. Algún catedrático peninsular me escribió mostrándome su beneplácito y hasta su aplauso.

¿Qué te parece a ti, amigo lector mi pobre ensayo?

## 32

Una de mis novelas que recuerdo con mayor placer es «LAS CAMELIAS», editada en 1968. Al cabo de los años la he vuelto a leer y no me produjo mala impresión. Así la han calificado también algunos amigos rompiendo con mi modestia y con la conspiración del silencio. Silencio. Silencio. Silencio. Es el habitual ambiente canario

que mata las energías y ahoga todas las iniciativas y optimismos.

Se narra en «LAS CAMELIAS» la vida y vicisitudes de la familia de Gáldar de D. Gaspar de Lucas Hidalgo. Se desarrolla en diversos escenarios: Gáldar y Los Hoyos de Tafira. Los devaneos de Violeta, hermana de D. Gaspar son pintados al vivo y dan lugar a una novela ejemplar de la cual —al decir de Cervantes— se puede sacar siempre algún ejemplo provechoso.

Y en medio de la obra se yergue siempre enhiesta la montaña de Gáldar que al cabo de tantos años D. Gaspar, modelo de hombres activos, carácter indomable por los infortunios, muere confortado contemplándola.

## 33

En LUIS ORDOÑEZ Y EL MONSTRUO (1967) intenté desarrollar el tema del joven seminarista que no siente vocación al sacerdocio. Sale del Seminario y choca en todas partes con la vida mundana. Casi no puede dar un paso en la vida social. El mundo le parece un monstruo al que se encuentra casi incapacitado para vencer. Luis Ordóñez es del Carrizal de Ingenio. Tiene unas tías, de alguna edad, que son un saco de teclas, con las cuales tiene que convivir.

Con gran esfuerzo se echa una novia. Al cabo del tiempo ésta se cansa de él.

Comienza la escena de la novela en Los Burreros, una playa del Carrizal. Y el relato novelesco se desarrolla también en Tenteniguada y Madroñal.

Luis lucha en cuantas ocasiones se le ofrece con la gran civilización moderna, hasta que tuvo que sucumbir.



Y un día fue encontrado exánime en el camino de Los Burreros.

Creo que por su trama, por los pensamientos y por su alcance social debe tener esta obra mejor suerte que la que ha tenido.

## 34

Hasta que llegó el 16 de septiembre de 1964. Día de los Santos Cornelio, papa, y Cipriano, mártir. Día en que cumplí mis setenta años. Día en que fui dado de baja en mi cátedra de Latín y en la Dirección del Instituto. Gracias a Dios. Días antes sentía una alegría especial. ¿Presentía yo los días de mi descanso? ¿Por qué a media noche se me venían a la imaginación los montes de las Cumbres? Las piedras, las llanuras de aquellos lugares por mí visitados y recordados con tanta satisfacción. ¿Qué ocurría con los Saucillos y Roque Redondo, que se movían de sus sitios con tanta elegancia y facilidad?

Roque Redondo hasta bailaba. ¿Por qué —me decía— está Roque Redondo tan contento? Y así una noche y otra noche. Hasta que un día me desperté y reflexioné un poco y vi claramente lo que realmente era. Se aproximaba el hecho tan importante de mi liberación. En la Cumbre había pasado mis mejores días. Y a la Cumbre era devuelto. Hay quien siente pena en esta hora decisiva. Yo también la sentía porque dejaba mis alumnos. Mis alumnos queridos que me han acompañado casi toda mi vida. Pero sobre mis ya débiles hombros pesaba una carga enorme. La Dirección del Instituto era un yugo muy oneroso. Mi salud se resentía.

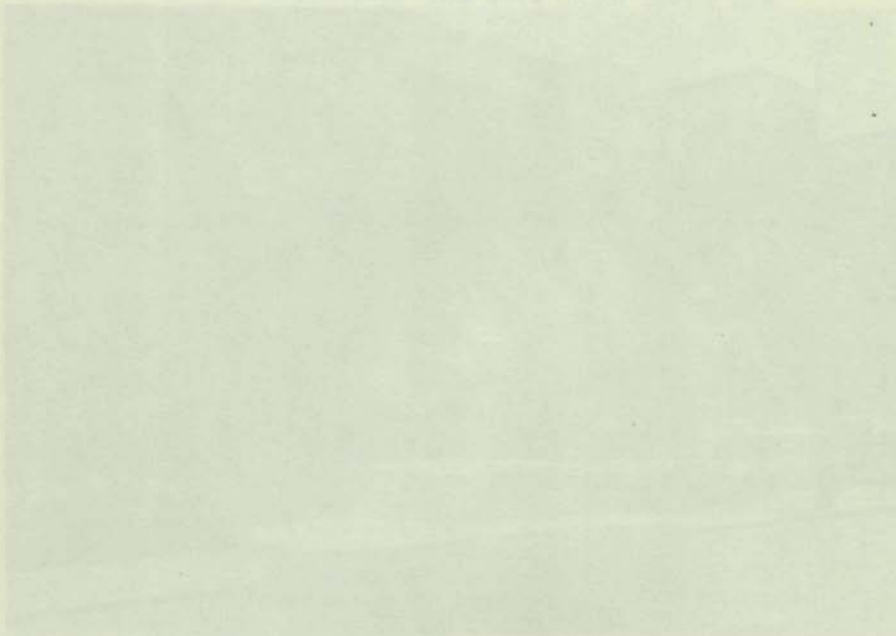
Las preocupaciones de la Dirección quebrantaban mi salud y bienestar. Y los sueños sobre la Cumbre presentían que ahora llegaba la hora única de mi liberación.



Magnífico Instituto derruido por ruinoso, del cual no queda  
sino un pálido recuerdo.

Y en la fiebre encontrada existente en el castillo de  
Los Hornos.

Con respecto al trabajo por las perforaciones y por  
el avance actual debe tener una idea sobre el estado



El trabajo en los trabajos de perforación se ejecuta  
de acuerdo con el programa de trabajo que se ha establecido  
para el presente año. En el presente se ha trabajado en  
los trabajos de perforación en los pozos de agua y en  
los trabajos de perforación en los pozos de petróleo. Ya  
se ha terminado el trabajo en los pozos de agua y en  
los pozos de petróleo que se han perforado en el presente  
año. Para el presente se ha trabajado en los trabajos de  
perforación en los pozos de agua y en los pozos de petróleo.

La Dirección del Ministerio de Fomento ha  
autorizado al Sr. Siquero para que continúe con el  
trabajo en los trabajos de perforación en los pozos de  
agua y en los pozos de petróleo que se han perforado  
en el presente año. El Sr. Siquero ha sido autorizado  
para que continúe con el trabajo en los trabajos de  
perforación en los pozos de agua y en los pozos de  
petróleo que se han perforado en el presente año.

El Sr. Siquero ha sido autorizado para que continúe  
con el trabajo en los trabajos de perforación en los  
pozos de agua y en los pozos de petróleo que se han  
perforado en el presente año. El Sr. Siquero ha sido  
autorizado para que continúe con el trabajo en los  
trabajos de perforación en los pozos de agua y en los  
pozos de petróleo que se han perforado en el presente  
año.



\* \* \*

Los últimos años los trabajos literarios me compensaron muchos disgustos. Mis novelas llegaron a ser una válvula de escape para el agobio de la responsabilidad directiva.

Por otra parte me explico la extrañeza que han causado mis novelas, muchas de ellas de carácter frívolo y ligero, dentro del marco de la seriedad habitual de mis trabajos en el Instituto. ¿Cómo se explica este contraste? ¿Es que la gravedad del Catedrático está reñida con el buen temple de la literatura?

Creo que no. Sobre todo teniendo en cuenta mis aficiones literarias desde seminarista.

\* \* \*

No obstante, temía los momentos gravísimos de la jubilación. Sin nada que hacer, podía fácilmente caer en el aburrimiento y hasta en el tedio. He oído comentar a muchos el peligro.

Pero no fue así. Me refugié en mi labor literaria y los días pasaban distraídos. No había perdido las ilusiones, que creo que en el hombre es lo más fatal, y seguí escribiendo, aunque estaba convencido de que mi labor literaria no siempre era bien aceptada. Ahora que para mí el escribir era absolutamente necesario si quería conservar la salud ya muy quebrantada. Así que engañándome a mí mismo, emprendía cada vez una novela nueva que me hacía pasar el tiempo sin darme cuenta.

Perdónenme mis lectores si mis libros les han decepcionado. Los he escrito casi por prescripción médica que me vi obligado a cumplir so pena de perder la vida. El día trae 24 horas. 24 horas que no se puede pasar mano sobre

mano si dar suelta a la imaginación y a la pluma sobre las blancas cuartillas.

Y así han salido «Silda», «Atamaracéit», «Las Camelias», «Amapola», «Marcela». Léanlas como lo que son: obras de entretenimiento y distracción. ¿Lo he conseguido? Al menos yo creo que sí. ¿Para ti, lector? Así mi vida se ha hecho más agradable recreándome en mis propias obras.

Y aquí termina el relato de mis recuerdos.

# EPILOGO





## HOMENAJES

### A) DEL CLAUSTRO DEL INSTITUTO.

Poco tiempo después de mi jubilación y en el primer Claustro celebrado, surgió la idea de rendirme un Homenaje, según era costumbre para todos los Profesores que se jubilaban.

Esta idea la frustró una carta mía al Director D. Atilio González. Yo me encontraba enfermo y le agradecía a los compañeros el propósito del Homenaje. Para mí, como si lo hubiese recibido. ¡Muchas gracias!

### B) DEL EXCMO. CABILDO INSULAR.

Poco tiempo después de mi jubilación, en sesión del Excmo. Cabildo Insular se acuerda rendirme un Homenaje visitándome una Comisión presidida por el señor D. Federico Díaz Bertrana. He aquí el oficio que recibí:

«EXCMO. CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA.—Ilmo. Sr.: Esta Presidencia, en nombre propio y en el de la Corporación Insular, quiere hacer llegar a V. I. la más íntima satisfacción al haber dado remate a toda una vida profesional de la más alta competencia, eficacia y disciplina.

»Le hago esta demostración de reconocimiento, porque la transcendencia pública de su labor, es la muy difícil de imitar y menos de alcanzar.

»Esas generaciones de estudiantes, formados con su dirección, constituyen hoy legión nacional en todas las ramas del saber y sirven a España en todos los puestos y a todos los niveles.

»Esta felicitación que le hago llegar, es en cierto aspecto dolorosa, pues el tiempo nos priva de su quehacer en la Dirección del Instituto Nacional de Enseñanza Media, la que, en todo momento, nos es de trascendente necesidad.

»El presente saludo será ratificado por otro muy próximo, que personalmente le hará la Corporación plena.—Dios guarde a V. I. muchos años.—Las Palmas de Gran Canaria, 31 de octubre de 1964.—EL PRESIDENTE, Federico Díaz Bertrana».

### C) DEL LIBRO - HOMENAJE.

El Colegio de Licenciados y Doctores de Las Palmas acuerda imprimir un Libro-Homenaje con una selección de páginas de mis obras y entregármelo en un acto solemne. Durante más de un año se hizo la impresión del Libro en la Imprenta Lezcano.

Le prologó D. Joaquín Artilles que había sido muchos años compañero del profesorado y que, de siempre me conocía a mí y a mis actividades. Prólogo magnífico, como salido de su pluma y del conocimiento del asunto.

En cuanto al acto celebrado en el Salón de Actos del Instituto y presidido por el Excmo. Sr. Gobernador Civil y el Presidente del Cabildo Insular, he aquí como lo resume en su reseña la Revista ENSEÑANZA MEDIA en su número 162. La Revista la edita el Ministerio de Educación Nacional. Página 424.

«HOMENAJE EN LAS PALMAS AL CATEDRÁTICO JUBILADO DON MANUEL SOCORRO PEREZ.—Durante 28 años fue Director del Instituto Masculino de la capital canaria.—El Colegio de Doctores y Licenciados ha editado un libro antológico de sus principales obras.

»El día 27 de diciembre, en el Salón de Actos del Instituto Nacional Masculino de Enseñanza Media de Las Palmas, tuvo lugar un acto en honor del *Catedrático Ju-*



*bilado*, en el curso del cual fue rendido un homenaje, al que durante más de un cuarto de siglo fue Director de dicho Centro, Don Manuel Socorro Pérez, a quien se entregó un libro editado en su honor con motivo de haber sido jubilado.

»Dicho libro, que ha sido publicado por el Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias, recoge fragmentos de las obras de Don Manuel Socorro y tiene un prólogo del escritor e Inspector-Jefe de Enseñanza Media del Distrito Universitario, Don Joaquín Artilles. Todas las obras de Don Manuel Socorro, desde la primera editada en 1936 hasta la última, que salió a la luz pública recientemente, se hallan representadas en este libro al que se le ha dado el título de *Homenaje*.

»Don Joaquín Artilles destaca en el prólogo la gran labor docente y literaria de Don Manuel Socorro. Nacido en 1894 en Cueva Grande, Don Manuel ingresó en el Seminario en 1906, siendo ordenado sacerdote en 1918. Desde 1931 es catedrático de Lengua y Literatura Latinas del Instituto de Las Palmas, habiendo sido nombrado Director en 1936. En el año 58 fue nombrado *Colegiado Distinguido* por el Colegio de Doctores y Licenciados. Al año siguiente le fue concedida la Encomienda de Alfonso X el Sabio y en 1964 la Encomienda de la Orden de Africa. Entre su notable labor literaria destacan obras sobre autores latinos, selección de artículos —Don Manuel Socorro fue director de *El Defensor de Canarias*— críticas literarias y novelas. En 1916 obtuvo la *Pluma de Oro de Ora et Labora* de Sevilla y en 1948 fue premiada su obra *La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote*, habiendo obtenido un premio nacional el año anterior con su *Poesía del Mar*.

»Al homenaje asistieron el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, Don Antonio Avendaño Porrúa; Presidente del Cabildo Insular, Don Federico Díaz Bertrana; Inspector-Jefe del Distrito Universitario, Don

Joaquín Artiles; Director del Instituto de Enseñanza Media Masculino, Don Atilio González Rodríguez; Director del Instituto de Enseñanza Media Femenino, Don Manuel Cardenal Iracheta. Ocuparon también la mesa presidencial los catedráticos jubilados Don Rafael Pavón y Don Deogracias Rodríguez. En la sala se hallaban presentes numerosos catedráticos, licenciados y ex-alumnos de Don Manuel Socorro.

»El acto se inició con unas palabras del Decano del Colegio de Licenciados y Doctores en Filosofía y Letras y Ciencias y Director del Instituto Masculino, Don Atilio González.

»Señala el orador los perfiles que concurren en el homenajeado: su entrega total y absoluta a su labor de catedrático y de director de Instituto: «Su función docente y la dirección del Instituto, subraya, lo ha realizado con exclusividad, con devoción». Alude luego a su dedicación a las Letras, a los muchos libros escritos por él y dice: «queríamos hacerle un homenaje que no muriera, que lo haga inolvidable». Y explica que esa es la razón de que se le entregue el libro editado con el nombre de *Homenaje*. La idea partió de sus compañeros que solicitaron el patrocinio del Colegio de Licenciados, el cual llevó a cabo la empresa.

»Manifestó que Don Manuel está hoy mejor que nunca de salud y energías, con lo que destruye el mito de la jubilación y terminó pidiendo «a Dios que pueda seguir viniendo a su Instituto y confraternizando con los compañeros que nunca le olvidan».

»A continuación, el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, señor Avendaño Porrúa, hizo entrega a Don Manuel Socorro del libro *Homenaje*, que el ilustre catedrático recibió con emoción.

»El libro, un volumen de casi trescientas páginas, se abre, como hemos dicho, con un prólogo del Inspector de Enseñanza Media, Don Joaquín Artiles, al que sigue un

resumen de las obras principales del señor Socorro, y en el siguiente orden: *Virgilio y el Mar*, *A vuela pluma*, *Poesía del Mar*, *La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote*, *La Ortodoxia de Cervantes*, *La Cueva de Montesiños*, *Ratos perdidos*, *Farología*, *El mar en la vida y en la obra de Cervantes*, *Menéndez Pelayo y Cervantes*, *Sobre las cumbres y sobre el asfalto*, *Mariela* y *Oro en la cumbre*.

»Don Manuel Socorro, con visible y contenida emoción, pronunció las siguientes palabras de gratitud:

«Señores: el Ministerio de Educación Nacional hace muchos años que tiene instituido este *Día del Catedrático Jubilado*. Precisamente a fin de año y en este ambiente navideño y de paz en la tierra. Con ello quiere llevar un poco de alegría y de ilusión a los hogares y a las almas de aquellos que han consagrado toda su vida a tareas tan altas y dignas como son las de la formación de la juventud. Por esto, recomienda la máxima difusión y solemnidad de este acto, para sentar bien claro que la Patria no abandona, antes bien se preocupa de estos fieles servidores en sus últimos años.

»Porque hay que decirlo muy alto, señores. Uno de los mayores timbres de gloria de nuestro Gobierno es el haber sacado de su miseria, de su abandono secular a las llamadas clases pasivas, ya con sus medios propios, ya valiéndose de las Mutualidades, hasta el punto de que no hay jubilado sin un haber decoroso y digno.

»Y, dentro de este marco del *Día del Catedrático Jubilado* y aprovechando esta solemnidad, el Decano del Colegio Provincial de Doctores y Licenciados ha querido presentar, en el escenario de nuestro querido Instituto, mi pobre persona para tributarle un homenaje.

»¿Por qué? ¿Para qué? Por mi actuación durante veintiocho años en la dirección de este Centro. Para recordar a los presentes mi actuación como catedrático desde el año veintiuno. Para llamar la atención sobre mis pobres



trabajos literarios. La verdad, señores, mi actuación en el Instituto creo que no justifica esta movilización de ilustres personalidades, de queridos compañeros, de entrañables amigos, de inolvidables ex-discípulos.

»No. De esta vez, respetables autoridades, queridos amigos, me vais a perdonar que os repita lo que ya es un lugar común en estos casos. Mi actuación, como catedrático y como director, no ha tenido otro mérito —si es que ha tenido alguno—, sino el haber cumplido con los dictados de mi conciencia y con los imperativos del deber. Mérito el vuestro, queridos compañeros del claustro que tan asiduamente habéis colaborado en tan hermosas, aunque a veces ingratas tareas.

»Y en cuanto a mis escarceos literarios, ¿qué les puedo decir? Son mis ratos perdidos, mis ratos de descanso de las horas escolares. Nada más. Una válvula de escape para olvidar las preocupaciones de orden docente. Apenas tienen valor; pero ustedes, el Colegio de Doctores y Licenciados, los han supervalorado ahora haciendo de los mismos, que no son otra cosa que simples ensayos literarios, una Antología, contenida en este precioso volumen que me acaban de entregar.

»Regalo magnífico, —dijo con voz temblorosa—, regalo el más simpático que se me ha podido hacer. Un libro que me acompañará los días que me restan de vida. Cada tarde y cada mañana le contemplaré en un lugar destacado de mi mesa de trabajo para reavivar en mi alma mi más profundo agradecimiento hacia ustedes y consolar los minutos, las horas y los días de mi forzado descanso».

Por último, el Profesor Socorro expresó su reconocimiento a todos cuantos habían contribuido al homenaje y le honraban con su presencia, escuchando cálidos aplausos.

Se terminó de imprimir este libro  
compuesto en tipo elzeviriano del  
cuerpo nueve, en la imprenta Lezcano  
el día XXX de Junio de MCMLXXII.